

«Mario Cartaya redacta un viaje inspiracional
con elocuencia y sinceridad».

TIBOR TAKÁCS, DIRECTOR DE CINE EN HOLLYWOOD

«Un relato conmovedor
del espíritu humano.
¡Una lectura esencial!»

*CECELIA HALL,
GANADORA DEL PREMIO ÓSCAR*

LA BOVEDA

En busca de
mi niñez cubana



MARIO CARTAYA

Reseñas:

“Algunos libros entretienen, otros informan y unos pocos nos desafían a pensar de manera diferente. *La bóveda: en busca de mi niñez cubana*, pertenece a esta última categoría. No exige que los lectores amen su pasado, pero sí les pide que lo enfrenten”.

“Indudablemente, es un libro que se queda contigo mucho después de haber terminado la última página”.

—Chrysalis BREW Project Review

“Una bóveda, entre otras cosas, es un almacén para objetos preciosos. También es el lugar de descanso final para los muertos. Para Mario Cartaya, autor de la inspiradora memoria *La bóveda: en busca de mi niñez cubana*, este misterioso lugar es ambas cosas. El resultado es altamente terapéutico. Hay libros de memorias y luego están aquellos que se destacan. *La bóveda: en busca de mi niñez cubana*, eleva sin duda el estándar. La escritura es culta, pero conversacional, siempre guiada por la aguda e incisiva inteligencia del autor. La revelación del pasado se logra en beneficio tanto del autor como de sus lectores.

“Este es un libro ambicioso y muy efectivo”.

—Pacific Book Review

“Temas como la familia, la perseverancia y la cultura caracterizan las memorias de Cartaya en esta obra debut. Cartaya lleva al lector en un viaje de “recuerdos, identidad, humanidad y sentimientos” en busca de su infancia. Muchos lectores se identificarán con su impulso de encontrarse consigo mismo y, quizás, se sientan inspirados a visitar sus propias infancias al leer: “Si tu camino hacia la individualidad... es usurpado por un evento tan poderoso que cambia la trayectoria de tu vida, llevándote a una nueva realidad en la que las verdades sobre las que antes construiste tu vida ya no aplican, entonces, ¿qué sucede contigo?”

“Un viaje autobiográfico reconfortante y conmovedor”.

—Kirkus Reviews

“Profundamente nostálgica y reflexiva, la escritura de Cartaya es honesta y cautivadora. Narra con claridad y sensibilidad, enfrentando con valentía el dolor provocado por fuerzas históricas, ajenas a su control. Su búsqueda de cierre resulta admirable, siempre matizada por la alegría de celebrar lo mejor de La Habana en compañía de sus amigos.

“Recomendado por The US Review”

—The US Review of Books

Comentarios de autores colegas:

“*La bóveda: en busca de mi niñez cubana*, escrita por Mario Cartaya, es una historia de amor hacia su familia, su tierra natal y el país en el que creció (Cuba y Estados Unidos). Cartaya es un narrador extraordinario. Su historia es hermosa y significativa. Sin duda, es un tesoro”.

David Lawrence Jr.

Autor de *A Dedicated Life: Journalism, Justice and a Chance for Every Child*.
Editor jubilado—Miami Herald; presidente de The Children's Movement of
Florida

“En este viaje agri dulce de redescubrimiento, Mario Cartaya encuentra lugares apenas recordados de su infancia prerrevolucionaria, familia que nunca supo que tenía y una Cuba hechizante, aunque aún cautiva por un sistema económico y político fallido que provocó la diáspora cubana hace mucho tiempo. Su historia tiene un impacto emocional poderoso”.

David Powell

Autor de *Ninety Miles and a Lifetime Away: Memories of Early Cuban Exiles*.
Exabogado y corresponsal de Associated Press

“Esta historia real es, de hecho, una historia de amor tan conmovedora como cualquiera contada en una novela. Es un relato de amor hacia la familia, los lugares de nuestras vidas y los amigos. Desencadenará recuerdos de tus propias experiencias infantiles y te ayudará a revivir tus tiempos felices o difíciles. Y si esos recuerdos se han perdido, quizás te inspire a emprender tu propio viaje hacia la bóveda, dondequiera que esta se encuentre”.

Charles Redner

Autor de *Long-A-Coming; Down But Never Out; Terror Travels the Devil's Highway; This Was a Man: Authorized Biography of Joey Giardello*.
Editor en jefe y editor ejecutivo de The Hummingbird Review

“El señor Cartaya tiene un estilo de escritura ágil, colorido y descriptivo. Sus pasajes conmovedores conectan con los sentimientos de los lectores y les permiten experimentar las muchas emociones y sorprendentes revelaciones que vivió durante su primer regreso a Cuba tras cinco décadas de exilio en Estados Unidos. Su historia transmite un mensaje espiritual que, a menudo, se pierde en estos tiempos materialistas: Cuando nos embarcamos en un viaje de autodescubrimiento, como lo hizo el autor, el Universo con frecuencia nos provee señales sorprendentes que nos orientan en la dirección correcta”.

Kingsley Guy

Autor de *Piercing the Veil: A Skeptic Journalist
Discovers Unseen Worlds y Queen of Heavens*.
Periodista jubilado, editor de la página editorial del
Sun-Sentinel del sur de Florida durante 23 años

LA BÓVEDA

En busca de mi niñez cubana

MARIO CARTAYA



NEW YORK

LONDON • NASHVILLE • MELBOURNE • VANCOUVER • BOSTON

LA BÓVEDA

En busca de mi niñez cubana

© 2026 Mario Cartaya

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en ningún sistema de recuperación ni transmitida de ninguna manera ni por ningún medio —electrónico, mecánico, digital, fotocopias, grabación, escaneado u otro—, excepto citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa y por escrito de la editorial.

Publicado en Nueva York, Nueva York, por Morgan James, LLC. Morgan James is a trademark of Morgan James, LLC.
www.MorganJamesPublishing.com

Distribuido por Publishers Group West®



Morgan James
BOGO™

A **FREE** ebook edition is available for you or a friend with the purchase of this print book.

CLEARLY SIGN YOUR NAME ABOVE

Instructions to claim your free ebook edition:

1. Visit MorganJamesBOGO.com
2. Sign your name **CLEARLY** in the space above
3. Complete the form and submit a photo of this entire page
4. You or your friend can download the ebook to your preferred device

ISBN 9781636987712

edición en papel

ISBN 9781636987729

edición encuadernada

ISBN 9781636987736 ebook

Número de control de la Library of Congress: 2025937009

Portada y diseño de interiores por:

Chris Treccani

www.3dogcreative.net

Editado por:

The Agustin Agency Services, LLC

www.theagustinagency.com

Contenido

<i>Dedicado a mi padre Juan Ignacio Cartaya.</i>	<i>ix</i>
<i>Prefacio: La bóveda.</i>	<i>xi</i>
<i>Exilio Y Retorno: Encontrando claridad</i>	<i>xv</i>
DÍA 1: Saludando a mi tierra natal.	1
DÍA 2: Él fue mi niñez.	49
DÍA 3: El prisma de mi conciencia cubana.	83
DÍA 4: Un viejo amigo llamado Viñales.	127
DÍA 5: Yo también soy un Mateo.	141
DÍA 6: El pelícano.	165
DÍA 7: Diciendo adiós.	175
<i>Sobre el autor</i>	<i>185</i>
<i>Descripción del libro</i>	<i>187</i>

**Las personas y los acontecimientos que se describen
en este libro son reales.**



Mi madre, mi padre, mi hermano mayor y yo

Dedicado a mi padre

Juan Ignacio Cartaya

Los turbulentos vientos de cambio barrieron Cuba en 1959, dejando a mi padre con pocas opciones, excepto tomar la desgarradora decisión de abandonar la tierra en la que nacimos, junto a mi madre, hermano y conmigo hacia una nueva vida de exilio en Estados Unidos.

La vida como exiliado político fue difícil para mi padre. Sin embargo, siempre cargó la responsabilidad de proveer para nosotros con constancia, humildad, un sano sentido del humor y un intransigente optimismo de que un mejor futuro estaba siempre al alcance.

Mi padre nos enseñó con su ejemplo cómo creer en nosotros, soñar, amar, vencer dificultades y dedicarnos a ser los autores de nuestras historias individuales. Él fue el catalizador inquebrantable de nuestras esperanzas. Fue nuestra luz. Con frecuencia usaba sus ingresos disponibles para ayudar a que otros miembros de nuestra familia, aún en Cuba, se unieran a nosotros en Estados Unidos. Actos nobles que siempre describió como su penitencia por habernos separado de los seres queridos que una vez dejamos atrás.

Con el tiempo, y a través de mucho trabajo, coraje y determinación, mi padre nos levantó de las carencias típicas de familias inmigrantes hacia una vida no diferente de la de nuestros vecinos estadounidenses de clase media.

Mi padre, lamentablemente, murió siendo todavía joven y fue enterado con mucho dolor y angustias no resueltas. Siempre me ha entristecido cómo su destino, una vez usurpado por eventos geopolíticos sobre los cuales no tenía ni control ni interés, le negó realizar sus sueños y disfrutar del futuro prometedor que le esperaba.

Hace mucho dediqué mi vida a confirmar la validez de sus decisiones, principios, integridad y amor incondicional. Siempre he buscado honrarlo con mis palabras, mis éxitos y mis acciones.

Él fue mi padre y mi mejor amigo.

Dedico esta historia a su memoria.

«Soy el desesperado, la palabra sin ecos, el que los perdió todo,
y el que lo tuvo todo».

—Pablo Neruda

PREFACIO:

La bóveda

Una realidad no anticipada

¿Has regresado al lugar en donde guardas aquellos recuerdos dolorosos e inoportunos que decidiste descartar durante el largo trayecto de tu vida?

Yo lo hice. Esta es mi historia.

Nuestra individualidad fluye por caminos impredecibles a medida que maduramos. Es un proceso formativo que desarrolla formas cada vez más sofisticadas de ser, a partir de nuestro sentido de identidad inicial. A medida que nos vinculamos con nuestra familia y nos ajustamos a la cultura, las costumbres, las tradiciones, los idiomas y las expectativas de la sociedad en la que vivimos, vamos dejando atrás nuestras identidades anteriores, almacenándolas con otras experiencias que decidimos olvidar dentro de un misterioso lugar subconsciente que rara vez elegimos reconocer o visitar. Ese lugar que yo llamo «la bóveda».

Sin embargo, si tu camino de individualización es usurpado por un evento tan poderoso que altera la trayectoria de tu vida, impulsándote hacia una nueva realidad en la que las verdades sobre las cuales construiste tu identidad y autoconcepto ya no aplican, ¿qué sería de ti?

Si a una edad muy joven, cuando la socialización y la adaptación son tus prioridades, pero tu singularidad extranjera es interpretada por los demás como inconformista, ¿de qué manera reconstruyes tu identidad para poder asimilarte?

Yo conozco las respuestas demasiado bien.

Dejando mi vida prometida

Los primeros nueve años de mi vida los pasé en Cuba, mi país natal, en donde desarrollé mi más temprano sentido de identidad, autoconcepto y singularidad. Como el miembro más joven de una familia de clase media, y habiendo aprendido a disfrutar del béisbol, de las artes y de la escuela, me percibía como una persona lista, sociable y con impulsos juveniles que a veces me causaban problemas. Disfrutaba del apoyo del núcleo de mi familia extendida y compartía sus expectativas de que, como ellos, yo tendría una vida exitosa en La Habana y seguirá fortaleciendo nuestros lazos familiares allí.

Pero mi vida no estaba destinada a ser así. El 13 de noviembre de 1960, mis padres, mi hermano y yo salimos de Cuba y emigramos hacia un futuro no anticipado en Estados Unidos. Ese día dejé atrás mi patrimonio cubano, mi hogar, mis seres queridos y el porvenir que había soñado, y me enfrenté a lo desconocido. Al día siguiente me desperté en Miami — un niño extraño en una tierra extraña —, confundido e inseguro ante mi nueva realidad. A la tierna edad de nueve años, incapaz de comprender los retos que enfrentaría en una vida alternativa de exilio, me volví cauteloso respecto a un futuro indefinido y a la colección de decisiones que tendría que tomar para forjar mi nueva identidad estadounidense.

Durante las semanas y meses que siguieron, desarrollé inseguridades que nunca había conocido. A una edad en la que ser aceptado es tan importante, con frecuencia me encontré tratado por mis amiguitos y maestros estadounidenses como «diferente». A veces, me sentía invisible ante aquellos demasiado ocupados para fijarse en un niño extranjero a quien no podían, o no les interesaba, entender. Mi confianza se resintió y empecé a cuestionar quién era.

Soñaba con el día en que sería aceptado por todos, otra vez.

“La identidad no es algo ya hecho, sino algo en continua formación a través de la elección de acción”.

—John Dewey

Con el tiempo, comencé a hablar suficiente inglés para comunicarme. Celebré las tradiciones estadounidenses fundamentales, como *Halloween* (noche de brujas), *Thanksgiving* (día de acción de gracias) y el 4 de Julio (día de la independencia de Estados Unidos). Descubrí los perros calientes, las hamburguesas y el pastel de manzana. Memorice el juramento a la bandera y aprendí a cantar cada palabra del himno nacional estadounidense. Pronto, gracias a mis habilidades atléticas, empecé a ser seleccionado en las primeras rondas de juegos de béisbol y fútbol norteamericano, ayudándome a recibir el reconocimiento y la aceptación que tanto anhelaba. Casi un año después de mi llegada a Estados Unidos, el proceso de socialización y asimilación había comenzado.

Dejé de ser invisible.

Finalmente, llegó el día en que me ajusté a mi nueva cultura y dejé de sentirme diferente a mis amiguitos nacidos en Estados Unidos. Después de todo, esta era la tierra de los vaqueros, *Superman*, *Mighty Mouse* (Súper ratón) y el *rock and roll*. Era el hogar del béisbol de Grandes Ligas y, con un poco de suerte, podía ver a Mickey Mantle, Willie Mays, Juan Marichal y Sandy Koufax en las transmisiones televisivas del «Juego de la semana».

Amar mi nuevo país fue fácil. Convertirme en estadounidense tomó un poco más de tiempo.

Una consecuencia silenciosa

El proceso de mi metamorfosis de cubano a estadounidense me enseñó cómo almacenar metódicamente mi nueva intrascendente identidad cubana, los irrelevantes recuerdos de mi niñez en Cuba, las luchas de mis primeros años en el exilio, la dolorosa separación familiar y el sufrimiento asociado con las muertes eventuales de cada uno de los seres queridos que

una vez dejé atrás y nunca más volví a ver, dentro de una bóveda protectora creada misteriosamente en mi subconsciente.

Durante los años formativos de mi vida, y contra el ruido de la turbulenta década de los sesenta, busqué modelos positivos para emular mientras construía meticulosamente mi nueva identidad estadounidense. Fue un período de gran exploración y cambio constante. Mis años escolares fueron influenciados por maestros y entrenadores de béisbol que creyeron en mí y dirigieron mis esfuerzos hacia la persecución de mis nuevos sueños y objetivos. En la universidad tuve mentores que me ayudaron a realizar mi viaje educativo, amigos hispanos que habían emprendido viajes de transformación similares al mío y compañeros de cuarto nacidos en Estados Unidos que me enseñaron a pensar, actuar y vivir como un estadounidense. Hoy, esos maestros, mentores, amigos y compañeros colegiales aún viven dentro de mí y forman una parte significativa de la persona en la que me convertí.

Al graduarme de la Universidad de Florida ya me identificaba como un arquitecto estadounidense, confiado en mi nueva persona, lleno de esperanzas hacia el futuro, orgulloso de mis logros y ansioso por explorar mis nuevas oportunidades. Dejé de sentir mi bóveda subconsciente. Había llegado el día en que no la necesitaba.

Cuatro décadas más tarde, habiendo alcanzado la seguridad en la mayoría de los aspectos de mi vida y viendo a mis hijos estadounidenses casarse y tener hijos propios, comencé otra vez a preguntarme quién yo era y cómo había llegado a este cruce de mi vida. Sin poder visualizar los recuerdos, identidad, humanidad y sentimientos de mi niñez cubana, tomé conciencia una vez más de la bóveda dentro de mí. Instintivamente, sabía que había llegado el momento de romper sus paredes protectoras y reclamar mi extraviado pasado cubano.

Entonces, y solo entonces, aprendería la totalidad de quién era, no únicamente en quién me había convertido.

EXILIO Y RETORNO:

Encontrando claridad

La mañana en la que cambió mi vida

Cada historia tiene su comienzo. Esta empieza en el amanecer del 1 de enero de 1959. Ya despierto por el ruido de las bocinas de los automóviles, los gritos y la música a todo volumen afuera de las paredes protectoras de mi habitación, miré cómo mi abuelo se acercó a mi cama, me levantó en el aire y me abrazó en medio de toda la conmoción y el ruido.

—Mayito —recuerdo que me dijo con mucha alegría esa mañana—, hoy marca el fin del régimen de Batista y el regreso de la democracia a Cuba. Abrázame. Este será un día que nunca olvidaremos.

Con siete años de edad y aún medio dormido, no tenía ninguna idea de lo que mi abuelo quería decirme. Lo miré no muy contento por haber sido despertado tan temprano en la mañana y me pregunté cuál era la causa de todo el alboroto afuera de mi casa.

En medio de toda la confusión aquel fatídico día de año nuevo, mi abuelo y yo nunca imaginamos cuánto estaban por cambiar nuestras vidas.

El camino al exilio

En los meses que siguieron, Fidel Castro consolidó su poder en Cuba, rechazó celebrar elecciones democráticas y orquestó la instalación de un régimen totalitario en la isla. Se declaró antagonista de Estados Unidos y cortejó a la Unión Soviética para recibir su asistencia económica y protección militar, actos que cambiarían para siempre la trayectoria futura de mi familia.

A principios de 1960, el nuevo Gobierno revolucionario cubano comenzó a nacionalizar los negocios y las propiedades estadounidenses en Cuba. Mi padre, Ignacio, era dueño de un negocio especializado en servicios de contabilidad y ventas al público de productos de las marcas Frigidaire y Sylvania, fabricados en Estados Unidos. Los datos de sus clientes estadounidenses, incluyendo los lugares y el valor de sus inversiones, locales de venta, talleres de mantenimiento e inventario de mercancía, estaban meticulosamente registrados en los libros de su empresa.

Eventualmente, los esfuerzos de nacionalización del Gobierno revolucionario cubano llegaron a la puerta del negocio de mi padre. Una mañana fatídica de 1960, dos milicianos, portando ametralladoras, entraron sin aviso a su oficina buscando los libros de contabilidad de su negocio.

Todo cambiaría a partir de ese día.

Con los rebeldes caminando agresivamente por su oficina, gritando y exigiendo que les entregara sus libros, mi padre vivió sus peores pesadillas mientras sopesaba los abusos personales, las demandas ilegales y las amenazas a su negocio, contra la necesidad de sobrevivir el día. Al final, su sentido de la justicia prevaleció y se negó a darles nada.

El desafío de mi padre a las demandas de los transgresores del Gobierno aquel día, condujo a una discusión que terminó en su detención.

Durante su confinamiento, mi padre fue escoltado a un interrogatorio con oficiales revolucionarios que rápidamente se convirtió en acusaciones, advertencias y amenazas, hasta concluir con una orden de entregar sus libros de contabilidad antes del final del día. Sin un acto judicial que respaldara estas demandas, mi padre se negó otra vez.

Furioso con su insubordinación, el guerrillero argentino Ernesto Che Guevara se levantó de su escritorio, se acercó de manera agresiva a mi padre y procedió a reprimirlo y amenazarlo con una diatriba brutal y sostenida.

El desafío de mi padre frente la autoridad militar cubana puso su vida en un peligro real e inminente. Por suerte, un teniente militar, amigo de mi padre desde la niñez, intervino y convenció a Guevara de que él, personalmente, se aseguraría de que mi padre cumpliera con sus demandas.

Mi padre entregó eventualmente sus libros y los rebeldes se calmaron. Por desgracia, Guevara, todavía enojado con mi padre, le advirtió que su seguridad en Cuba ya no estaba garantizada y que tendría que salir de la isla lo más rápido posible.

Ese día, la vida de mi padre fue perdonada, pero su destino, al igual que el nuestro, quedó sellado. Mi padre, mi madre, mi hermano y yo tendríamos que irnos de Cuba.

Dos días después, mirando a través de los balaustres del balcón del segundo piso de nuestra casa, vi a mi padre pedirle permiso a mi familia extendida, reunida en la sala debajo de mí, para salir de Cuba con mi madre, mi hermano y conmigo hacia una nueva vida de exilio en Estados Unidos. Todos gimieron y comenzaron a sollozar en el primer piso. Sentado solo en el balcón del segundo piso, yo lloré también.

Ninguno de nosotros sabía qué esperar de nuestro futuro imprevisto. Después de todo, ¿quién puede predecir una vida alternativa en una tierra desconocida?

Durante los siguientes meses, mi padre vendió su negocio en La Habana y viajó a Miami buscando empleo. Ya en septiembre de 1960 todo estaba arreglado y nos preparamos para salir de Cuba. Lo único que faltaba era concretar un detalle.

Antes de irnos, mi padre quería que mi hermano y yo, juntos, descubriéramos y nos despidiéramos de nuestro país natal. Una bella mañana cubana, mis padres, mi hermano y yo nos subimos a nuestro Ford sedán blanco y azul del año 1957, y comenzamos nuestra gira hacia el Valle de Viñales, al oeste de la isla, antes de poner rumbo hacia Santiago de

Cuba, en el este, deteniéndonos en varios pueblos costeros, aldeas y lugares históricos a lo largo del camino. Una vez que llegamos a Santiago, mi familia y yo fuimos a misa en el santuario más sagrado de Cuba, la Basílica del Cobre, y le pedimos a la Virgen de la Caridad que nos protegiera durante el exilio y cuidara de nuestros seres queridos, a quienes pronto dejaríamos atrás.

Unas semanas después, el 13 de noviembre de 1960, mis padres, mi hermano y yo nos preparamos para dejar nuestro hogar en La Habana y conducir la corta distancia hasta el Aeropuerto Internacional José Martí. Más tarde ese mismo día subiríamos los peldaños de metal de la escalera móvil del avión hacia nuestros asientos en la cabina del vuelo de Pan American Airlines con destino a Miami.

Mi abuela, afligida por un dolor inimaginable, se encerró en su dormitorio. Mi abuelo puso su cara valiente y esbozó una sonrisa triste mientras nos abrazaba y nos besaba en despedida. Mi tío Miguel nos llevó al aeropuerto.

Nunca mas nos volvimos a ver.

Convirtiéndome en un exiliado

Una vez en el aire, los sonidos de los motores del avión marcaban continuamente el paso del tiempo y la distancia, alejándonos de nuestro hogar y de los seres queridos que dejábamos atrás. Cada rotación de las aspas de las hélices nos acercaba a un futuro incierto en una tierra desconocida. Dentro de la cabina el silencio era inquietante, excepto por los sollozos intermitentes de algunos de los pasajeros.

En un esfuerzo por embotar el dolor y la tristeza que me embargaban en el avión esa mañana, reemplacé la realidad de nuestro éxodo con la imagen infantil de mi pequeña grúa roja de juguete, que me llevaba cariñosamente a un paraíso invernal estadounidense que solo había visto en televisión y quería conocer.

Cuarenta y cinco minutos después de salir de La Habana llegamos a Miami, afortunadamente intactos. Por desgracia, no había nieve en Miami esperando mi llegada.

El día que salí de Cuba me desperté en La Habana como un niño cubano. Esa noche dormí en Miami como un exiliado político. Todo había cambiado.

Fabricando la bóveda

Durante la década de los años sesenta había poca o ninguna comunicación con la isla. Fue una década definida por la fracasada invasión de Bahía de Cochinos, numerosos mal concebidos y ejecutados intentos estadounidenses de asesinar a Fidel Castro y la casi apocalíptica «Crisis de los misiles» en Cuba. Como resultado, los viajes hacia La Habana fueron prohibidos, el acceso por teléfono fue restringido dramáticamente y el servicio de correos era lento e irregular. Después de que el presidente Kennedy negoció la retirada de los misiles soviéticos de Cuba e instauró una política de máxima presión sobre el ahora gobierno marxista-leninista cubano, la mayoría de las formas de comunicación con mi país de origen desaparecieron.

Nuestro exilio en Estados Unidos se había hecho permanente.

Mis abuelos maternos, Marcos e Isaura, mi tío Miguel y mi tía Ileana contrajeron enfermedades terminales durante esos años. Imposibilitados de viajar a Cuba para verlos, mis padres, mi hermano y yo buscamos modos para mantenernos en contacto con ellos. Sin un servicio telefónico fiable ni servicio de correos, la única manera de comunicación que teníamos estaba tristemente limitada a telegramas cortos y enigmáticos. Nuestra separación familiar nunca se sintió tan dolorosa, la distancia entre nosotros nunca creció a ser mas larga.

Ya en 1968 todos habían muerto. Nunca nos volvimos a ver.

Al terminar la década de 1960, mi subconsciente ya había almacenado mi irrelevante identidad cubana, los recuerdos de mi infancia en Cuba, las dificultades del exilio y los sentimientos de dolor e impotencia asociados con las muertes de mis seres queridos en la isla, dentro de una bóveda protectora, diseñada para ayudarme a superar mi pasado doloroso y concentrarme en el futuro.

Mi bóveda funcionó bien. Con el tiempo, dejé de sentir su presencia o sus contenidos dolorosos dentro de mí.

La canción de sirena

Ya en mi adultez se despertó en mí la necesidad de entrar a mi bóveda subconsciente protectora en busca de mi identidad cubana, los recuerdos perdidos de mi niñez, el amor de mi familia y mi destino usurpado. No sabía cómo empezar mi viaje. No sabía lo que encontraría. No sabía el efecto que tendría en el resto de mi vida. Solo sabía que tenía que intentarlo.

Había llegado el momento en que necesitaba reconciliarme conmigo mismo, conquistar los demonios desconocidos que acechaban dentro de mí, encontrar las páginas borrosas de mi historia cubana, reparar el tapiz de mi vida y lograr aquellos cierres emocionales negados durante cincuenta y seis años. Instintivamente, supe que tenía que viajar a Cuba y seguir las huellas borrosas de los pasos de mi niñez para poder lograrlo.

Una canción de sirena había despertado en lo más profundo de mi ser, llamándome misteriosamente desde la tierra que me vio nacer.

Regresar a Cuba no fue fácil para mí. Mi primer intento en 2003 fue con el «Programa de embajadores pueblo a pueblo», organizado por el Urban Land Institute. Por razones que tal vez nunca sepa, mi visa cubana no fue aprobada, dejándome mirando desde lejos cómo el grupo salía hacia la isla sin mí. Cuando el presidente Barack Obama fue elegido e implementó una nueva política de acercamiento a Cuba, decidí intentarlo de nuevo. Esta vez obtuve la visa, compré mis boletos de viaje y reservé un hotel en La Habana.

Crisis médica

Sin embargo, una semana antes de mi partida en 2012 me diagnosticaron con Linfoma. Enfrentando una crisis médica imprevista, cancelé los planes y me concentré en restaurar mi salud y bienestar. Tomé la decisión correcta. Los tratamientos funcionaron bien y las últimas pruebas mostraron que estaba en completa remisión.

Durante mi recuperación me pregunté frecuentemente si el esfuerzo y el estrés de regresar a Cuba valdrían la pena. Me sentí cada vez más confuso y decidí esperar a tener mayor claridad al respecto.

Claridad y coraje

Cuando el presidente Barack Obama viajó a Cuba el 21 de marzo de 2016, mi hijo y yo seguimos su muy anticipado discurso al Gobierno y pueblo cubano en el televisor de mi casa. Con gran orgullo, esperanza y anticipación observamos al presidente estadounidense subir al escenario del Gran Teatro de La Habana, endurecer su mirada y comenzar un discurso inspirador de esperanza y reconciliación con las palabras «cultivo una rosa blanca».

El preámbulo de Obama al discurso más significativo pronunciado por un presidente estadounidense en suelo cubano, citando las palabras de redención, paz y amistad del poeta y patriota cubano José Martí, prometía acabar con cinco décadas de hostilidad entre Cuba y Estados Unidos, ofreciendo, en cambio, una nueva era de reconciliación entre el país que me vio nacer y el país de mi ciudadanía.

El día que yo temía nunca ver llegar había finalmente amanecido y brillaba la luz de la esperanza sobre todos aquellos que tuvieran paz, amor y buena voluntad en sus corazones.

Una lágrima solitaria brotó de mis ojos.

El presidente Obama, sin embargo, no había viajado a Cuba únicamente para enterrar los últimos restos de la Guerra Fría. Había ido preparado, también, para plantar las semillas del cambio en la isla. Su alocución, pronunciada ante los líderes cubanos presentes y televisada en ambas costas del Estrecho de Florida, tocó los corazones y las mentes de todos los que escucharon. Ese día, Barack Obama sirvió impecablemente la promesa y el sueño americano ante una audiencia atónita y una hechizada nación cubana.

El presidente estadounidense habló elocuentemente por todos nosotros. Mi hijo y yo aplaudimos su valentía, nos unimos en la enormidad del momento y nos inspiramos por el futuro del país que de nuevo

sentí la necesidad de redescubrir. Su confianza, bravura y resolución me renovaron la determinación de reclamar mis memorias cubanas.

Recuperé la necesidad de liberar el canto de sirena dentro de mí y decidí seguirlo hasta donde me llevara en busca de mi niñez cubana. Había encontrado la claridad que necesitaba.

Por primera vez en cincuenta y seis años, ya era hora de regresar a Cuba.

El 13 de noviembre de 1960, un niño confundido y nervioso fue levantado de su sala en La Habana por una pequeña grúa imaginaria de juguete y suavemente depositado en Miami. El 16 de mayo de 2016, un hombre adulto, necesitando reparar el tapiz deshilachado de su vida, añorando reclamar las imágenes de su infancia y queriendo redescubrir la tierra que una vez dejó atrás, finalmente retornó al país de su nacimiento.

Este libro narra los eventos extraordinarios que transcurrieron durante mi primer viaje de regreso a Cuba, cincuenta y seis años después de dejarla. Es la historia existencial de la necesidad humana de entender su identidad, el valor de buscar pasados desconocidos, la urgencia de reclamar recuerdos desaparecidos, lograr cierres previamente negados y el anhelo de encontrar la paz interior, la redención, la claridad y la pureza de corazón necesarias para descubrir el verdadero significado de nuestras vidas.

DÍA 1:

Saludando a mi tierra natal

El anhelo de saber

El 16 de mayo de 2016 llegué al Aeropuerto Internacional de Miami para abordar el primer vuelo del día a La Habana. Escasamente a las 4 de la madrugada ya había decenas de pasajeros formando línea para ser procesados en el mostrador de facturación de American Airlines. Muchos eran cubanos que regresaban a visitar miembros de su familia. Otros, simplemente, iban a pasarla bien.

Cincuenta y seis años después de dejar Cuba, regresaba a mi tierra natal en busca de los recuerdos de mi niñez.

Me paré al final de la fila y esperé mi turno para ser atendido por un agente de la aerolínea. Había esperanza y asombro a mi alrededor esa mañana. Dondequiera que miraba, todos sonreían.

Algunos de los pasajeros arrastraban enormes cantidades de maletas y bolsas variadas. Otros llevaban pequeños aparatos de aire acondicionado, refrigeradores compactos y televisores. La mayoría traía ropa, medicinas y objetos de uso diario, difíciles de encontrar en Cuba hoy, para sus seres queridos. Un hombre mayor llevaba un osito de peluche con él, lo que me

hizo sonreír. Algún niño o niña en La Habana estaba a punto de ser muy feliz una vez que él pasara la aduana esa mañana.

Luego de facturar mi equipaje, mi esposa Pam y yo nos encaminamos hacia el centro de control de la aduana. Sabíamos bien que una vez que llegáramos allí, yo seguiría solo. Mi viaje a Cuba no la incluiría a ella. No podría abrirme completamente a las emociones viscerales que, ciertamente, enfrentaría si al mismo tiempo sintiera la necesidad de protegerla de mis sentimientos.

Caminamos en silencio, expresando nuestras emociones solamente a través de nuestras manos apretadas fuertemente.

Una vez que llegamos al centro de control de la aduana, fue el momento de decirnos adiós. No queriendo mostrar emociones que le causaran angustia, levanté la muralla que uso frecuentemente para enmascarar mis sentimientos y le aseguré que estaría bien. Ella me miró fijamente y esbozó una sonrisa penosa, desmintiendo las lágrimas silenciosas que brotaban de sus tristes ojos verdes.

—Por favor, no llores —le dije—. Estaré fuera solamente una semana.

—No estoy llorando porque te vayas—respondió.

—Entonces, ¿por qué lloras? —pregunté.

—Porque sé que finalmente vas a encontrar las respuestas que siempre necesitaste. Me siento feliz por ti—murmuró Pam.

Ella entendía.

Sonríe, estás en Cuba

El vuelo de Miami a La Habana fue corto y sin incidentes. Inmerso en un inquietante estado de calma y embargado por innumerables emociones, ignoré mi entorno y me aislé dentro de mi ser. Menos de cincuenta minutos después de salir de Miami ya estábamos volando sobre la costa norte de La Habana. Miré por la ventanilla del avión y vi una vez más la tierra en la que nací. Traicionado por las lágrimas que repentinamente aparecieron, respiré profundo y vestí mi cara con mi mejor sonrisa fingida.

Minutos más tarde, nuestro avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional José Martí y se detuvo, no con poca ironía, ante la visualmente

idéntica terminal del mismo aeropuerto desde donde mi padre, mi madre, mi hermano y yo una vez emigramos de Cuba en medio de mucho dolor y confusión.

El círculo finalmente se había cerrado. Estaba de regreso en la isla.

Aún sentado en mi asiento de pasajero y esperando a que abrieran la puerta del avión, pensé en los acontecimientos que cambiaron las vidas de mi familia en Cuba, forzándonos a huir de nuestra patria. Reflexioné en las tristes despedidas con nuestros familiares el día en que nos fuimos, el caos que definió nuestras últimas horas en La Habana dentro de esta misma terminal y la emoción que sentí anticipando mi primer vuelo en avión.

Pensé en cómo después de cincuenta y seis años viviendo en Estados Unidos, y con dos intentos previos fracasados de viajar a Cuba, al fin estaba de regreso y ansioso por empezar la búsqueda de los perdidos recuerdos de mi niñez cubana.

Cuando las puertas de la cabina del avión finalmente se abrieron, dejé mi asiento, caminé hacia la salida y bajé los escalones de la aeronave sin quitar la vista del suelo debajo. Llegué al último peldaño, miré curiosamente las primeras imágenes de Cuba a mi alrededor y, con ánimo, pisé mi tierra natal una vez más.

No queriendo ceder a las emociones abrumadoras que me llegaron de golpe, me aislé nuevamente dentro de mi ser y me convencí de que todo estaba bien.

Seguí a los otros pasajeros dentro de la terminal del aeropuerto que siempre asocié con los recuerdos perturbadores de mi último día en Cuba y atravesé las puertas de acceso hacia la sala de espera de la aduana. Una vez dentro, me apresuré a ponerme al final de una de las varias filas ya formadas por los otros pasajeros internacionales y me preparé para encontrarme con uno de los oficiales vestidos con los temidos uniformes verde olivo.

Solo y perdido entre mis muchas emociones, miré la temible terminal de mis pesadillas y me di cuenta de que el lugar, una vez sinónimo con mi dolorosa partida de Cuba, representaba en ese momento un nuevo portal de bienvenida a lo que prometía ser una semana de regreso, reconciliación,

descubrimientos y cierre. Increíblemente, la angustia de mi último día en la isla ahora cedía su lugar a las esperanzas y el asombro de un hijo retornando a sus raíces.

La silenciosa y ordenada sala de espera de la aduana cubana en el Aeropuerto Internacional José Martí fue una agradable sorpresa esa mañana. Todos a mi alrededor estaban inusualmente quietos, moviéndose solamente para hacer contacto visual con los demás en la fila. Nadie hablaba. Ni siquiera tosía. Todo el estrés y la anticipación del regreso se transformaron en un sorprendente silencio que desmentía las largas filas.

Las paredes de la sala de espera espartana estaban desnudas, excepto por una fotografía de Raúl Castro y un anuncio de apariencia oficial mostrando una mujer en ropa militar con el dedo índice frente a sus labios. Debajo de la imagen de la mujer uniformada podía leerse un mensaje escrito en letras mayúsculas grandes: «NO ALZAR LA VOZ». Fue mi primera experiencia con el sistema de control de conducta cubano. El silencio incómodo en la sala probaba que estaba funcionando.

De repente, llegó mi turno de encontrarme con una muy inesperada y simpática agente de aduanas vestida de verde olivo. Notando mi comportamiento vacilante y silencioso, la agente suspiró con coquetería y me pidió que mirara directamente a la cámara de seguridad.

—Sonríe, mi amor—dijo la linda agente—. Estás en Cuba.

Me dije que todo estaba bien y le hice caso. Ella me devolvió la sonrisa.

Le di las gracias a la agente vestida de verde olivo y caminé lentamente hacia la gran sala del aeropuerto para reclamar mi maleta.

La antigua sala de reclamo de equipajes del Aeropuerto Internacional José Martí todavía tenía su viejo carrusel serpenteando casi interminable desde y hacia la pared que separaba el salón público de las áreas restringidas por seguridad. Sus paredes también estaban desnudas, excepto por la ya familiar fotografía de Raúl Castro y el cartel descolorido de la mujer militar pidiendo silencio.

Reclamé mi equipaje con la cinta azul y la etiqueta en forma de pelota de béisbol que siempre utilizo cuando viajo y me encaminé hacia las puertas de salida. Cuba me esperaba al otro lado.

Un hijo retornando a sus raíces

Una vez afuera, el silencio de la gran sala del aeropuerto cedió lugar a decenas de personas gritando, saludando y abrazando a sus seres queridos. Desafortunadamente, nadie de mi familia me estaba esperando. Ninguno había vivido lo suficiente para darme la bienvenida. Suspiré queriendo animarme, pensé cuán diferentes pudieran haber sido las cosas e hice una pausa para observar y disfrutar de las incontables reuniones alegres que ocurrían a mi alrededor.

Entre todo el ruido, las expresiones de amor y las risas despreocupadas, me fijé en una niña pequeña corriendo hacia el mismo hombre mayor que había visto en el Aeropuerto Internacional de Miami, aún cargando el lindo osito de peluche que trajo consigo.

En cuanto la niña llegó al hombre con el osito de peluche, lo abrazó y gritó con gran alegría:

—¡Abuelito!

—Mi amor —respondió su abuelo de Miami—, este osito necesita una amigueta.

Se abrazaron y se besaron en las mejillas. Ella tomó el peluche de los brazos de su abuelito y lo apretó fuertemente contra su pecho. El abuelo, el osito y la niña se habían encontrado.

Perdido en medio de las emociones de estas bellas reuniones familiares a mi alrededor, me di cuenta de que aunque estaba en suelo cubano por primera vez en cincuenta y seis años, solo sentía una notable y bienvenida sensación de calma. Comencé a buscar en la multitud a Maidel, el joven empresario cubano que había contratado como chófer durante mi estadía en Cuba, esperando que se identificara con un cartelito impreso con mi nombre. Por más que traté, no lo vi. Finalmente, después de preguntarles a varios representantes de empresas de viaje si conocían a mi chófer, un empresario uniformado lo señaló.

Maidel caminó hacia mí, se presentó y me pidió que esperara un par de minutos mientras se dirigía al aparcamiento a buscar su auto. Un poco más tarde, se acercó al contén de llegadas en un sedán chino del año, marca Geely, con ventanas automáticas muy oscurecidas. En un país en el

que la norma son los autos antiguos y una variedad de ingeniosos métodos de transporte caseros, ese vehículo moderno era algo que no me esperaba.

Puse mi equipaje en el maletero del automóvil y me acomodé en el asiento del pasajero delantero. Momentos después, Maidel y yo ya estábamos en camino al Hotel Nacional de Cuba, mi hogar cubano durante esa semana.

«Sal de la vida es la amistad».

—Juan Luis Vives

El acuerdo

José y George son dos de mis mejores amigos de Miami. Cuando oyeron que planeaba viajar a Cuba solo, me informaron que no me permitirían ir sin ellos. Sus planes de venir conmigo a la isla eran, sin embargo, diferentes a los míos.

Mis amigos traen consigo la fiesta a dondequiera que van y, esta vez, querían llevarla a La Habana. Un par de semanas antes de viajar a Cuba, los tres acordamos que, durante el día, ellos me acompañarían a todos los lugares que yo visitaría en mi seguramente emocional viaje de auto-descubrimiento. Por la noche, sin embargo, yo les pertenecería a ellos, acompañándolos a los bares y los clubes de su elección.

Era un arreglo perfecto. Su compañía en las noches, pensé, serviría de animada distracción y un alivio necesario de las variadas emociones que, sin duda, sentiría durante el día. Realmente, me conmovió la muestra de amistad y hermandad de mis amigos.

Incluso, mi esposa Pam pensó que era una gran idea.

La semana siguiente, José, George y yo visitamos una agencia de viajes especializada en vuelos aéreos a La Habana y reservamos nuestros boletos para el vuelo del 15 de mayo. Momentos más tarde, aún sentados frente al agente de viajes, descubrí que tenía un conflicto con ese día y cambié mi fecha de partida para el día siguiente.

Después de pensarlo por un par de minutos, mis amigos decidieron no cambiar sus vuelos para coincidir con el mío. Una noche adicional en la tierra sinónima del ron, las fiestas y la buena música les había resultado demasiado tentador. La hermandad, a veces, tiene sus límites.

George y José habían llegado a La Habana el día anterior y me esperaban en el Hotel Nacional de Cuba. Estaba ansioso por encontrarme con ellos.

Aún no conoce muy bien Cuba

Un par de semanas antes de salir hacia La Habana, le pedí a Maidel que tratara de encontrar agua destilada para usar durante mi estadía en Cuba. Esa mañana, atravesando las calles concurridas hacia el hotel, Maidel me informó que el único sitio en el que pudo encontrar algo similar fue en el hospital en donde trabajaba una amiga. Me recomendó detenernos allí, camino al hotel, para recoger el par de botellas que su amiga nos estaba guardando.

Unos minutos más tarde, llegamos al hospital y esperamos a que ella se nos uniera.

Desesperado por usar un servicio sanitario, me dirigí al edificio más cercano. Abrí una de sus puertas exteriores y, con gran sorpresa, entré a la sala de espera para pacientes del pabellón oncológico del hospital. Sin aire acondicionado y con las ventanas herrumbrosas y precintadas, el enorme lugar se sentía desagradablemente caliente. El hedor a sustancias químicas, humedad y sudor impregnaba el aire. El techo y las paredes mostraban sendos rastros de moho. Decenas de pacientes con cáncer, recibiendo tratamiento de medicamentos intravenosos suspendidos de postes metálicos portátiles, estaban sentados inusualmente tranquilos en sillas de plástico descoloridas y dispuestas en ordenadas filas a lo largo de la habitación. Todos sudaban a raudales y se abanicaban con visible malestar, intentando refrescarse del calor asfixiante y evitar que las moscas en la habitación se posaran en sus brazos, hombros o rostros. Su única distracción era un pequeño televisor de dieciocho pulgadas con programación en blanco y negro, más una antena en forma de oreja de conejo.

Montado en las paredes manchadas y descoloridas, estaba otra vez el ya conocido cartel oficial que mostraba a la mujer uniformada con el dedo índice frente a sus labios y el texto que decía «NO ALZAR LA VOZ» al lado de las fotos de los hermanos Castro y del Che Guevara.

La cola para usar el único aseo era larga. Después de esperar varios minutos y ver que nadie entraba o salía del baño, le pregunté al paciente delante de mí en la fila si alguien había comprobado que la persona que usaba el baño en ese momento estuviera bien. Después de todo, los pacientes de este pabellón sufrían de cáncer y yo temía que algo le hubiera pasado a quien llevaba tanto tiempo dentro del único baño.

El paciente frente a mí me miró incrédulo y preguntó:

—¿Usted es cubano?

—Sí —le respondí.

—¿Vive fuera del país? —continuó el hombre.

—Sí —le volví a contestar—. Estoy en la cola solamente para usar el baño.

—No se preocupe —me explicó—. No hay nadie usando el baño en este momento.

—Entonces, ¿por qué estamos esperando en una fila que no se mueve?—, le pregunté inocentemente.

—Se ve que aún no conoce muy bien Cuba —me dijo—. Aquí cortan el agua varias veces al día. No hay servicio de agua en este momento, pero volverá en unos minutos. Esta es la rutina. Estamos todos esperando que el agua regrese.

—¿En un hospital oncológico? —pregunté ingenuamente.

—Bienvenido a La Habana, hermano —susurró el paciente tratando de no ser escuchado.

Perdí mi urgencia de usar el baño, le dije adiós al desafortunado hombre y salí en busca de aire fresco. Acababa de vislumbrar el afamado sistema de salud cubano y no estaba impresionado.

Esa mañana no encontré alivio en el único baño de la sala de espera de oncología del hospital. En cambio, había sido testigo de la lamentable realidad de la vida cubana.

Una vez fuera del hospital, caminé hacia Maidel y le conté lo que acababa de ocurrir.

—Mario —dijo Maidel con una sonrisa entristecida—, es difícil acostumbrarse a Cuba.

Momentos después, la amiga de Maidel llegó con dos botellas de agua estéril. Sería lo más cercano al agua destilada que encontraría esa semana. De repente, me di cuenta de que acostumbrarme a Cuba tomaría más tiempo de lo que había pensado.

Después de una breve conversación con su amiga oncóloga, Maidel y yo nos subimos de nuevo al auto, salimos del aparcamiento del hospital y continuamos nuestro viaje hacia el Hotel Nacional de Cuba.

Navegando las calles del centro de La Habana por segunda vez esa mañana, miré a través de las ventanillas del sedán chino de Maidel y traté de absorber todo lo cubano fuera de los límites de nuestro auto. Las imágenes de las viejas calles de la ciudad, la arquitectura histórica, los carteles progobierno, las vallas antiimperialistas, las banderas cubanas, los automóviles antiguos, los autobuses repletos de pasajeros, los coches tirados por caballos, las bicicletas recicladas y los innumerables peatones, me aseguraron que estaba, de hecho, realmente de regreso a Cuba.

El Hotel Nacional

El histórico Hotel Nacional de Cuba abrió en 1930 con un diseño similar al de los complejos turísticos estadounidenses Breakers y Biltmore. El Nacional es el hotel con más historia y prestigio en Cuba y el sitio en donde innumerables jefes de Estado, atletas internacionales y estrellas del cine se alojaban y actuaban antes de la Revolución Cubana de 1959. El Nacional, con sus dos lujosos cabarets y su famoso casino, fue una vez propiedad del gánster estadounidense Meyer Lanski. La película de Francis Coppola *El Padrino II* está basada en eventos reales de la mafia en este hotel.

Luego de los acontecimientos de 1959, el hotel fue usado, principalmente, para alojar a oficiales y diplomáticos internacionales, los mismos que, a menudo, se quejaban de que «las paredes aquí tenían oídos». Más adelante, como resultado del renacimiento del turismo extranjero en

Cuba, el Hotel Nacional comenzó a atraer, una vez más, a miles de viajeros de todo el mundo.

Esta semana nos atrajo a José, a George y a mí.

Poco después de llegar al Hotel Nacional, mis amigos me recibieron en el *lobby* e, inmediatamente, comenzaron a contarme los relatos de su primer día y noche en La Habana. No podían borrar las sonrisas de sus caras.

Fue bueno ver a mis amigos. Me sentí afortunado de estar con ellos allí.

“Resolviendo” en Cuba

Acabado de registrarme en el hotel, una de las cajeras uniformadas se me acercó y, después de asegurarse de que nadie la estaba escuchando, me dijo:

—Si usted necesita cambiar sus dólares a pesos convertibles cubanos, no lo haga en el mostrador del banco oficial del hotel. Venga a verme y yo le trataré mejor.

Acepté su ofrecimiento y recibí una mejor tasa de cambio de lo que se anunciaba en el mostrador del banco, directamente frente a su oficina. Observé con asombro cómo ella sacó pesos convertibles cubanos de su cartera personal y los reemplazó con mis dólares, funcionando ilícitamente como un banco privado desde el interior de uno de los hoteles gubernamentales de más fama en Cuba.

Luego de dejar mi maleta y las dos botellas tibias de agua estéril en mi habitación, ya había llegado el momento de reunirme con mis amigos en la entrada vehicular del hotel y comenzar nuestras aventuras del día.

Una vez allí me llené de emoción ante el inminente inicio de mi regreso a aquellos lugares sinónimos de las memorias que había ido a reclamar en Cuba y tomé conciencia de que pronto comenzaría a seguir las huellas de los pasos borrosos de mi vida aquí, en busca de mi niñez cubana.

Estaba ansioso por comenzar.

Uno de los varios porteros uniformados que esperaban en la entrada vehicular del hotel se acercó a nosotros, sonrió brevemente y dijo:

—¿De dónde son ustedes, muchachos?

—De Estados Unidos —contestamos mis amigos y yo.

—Ah, «la Comunidad» —murmuró el portero.

Y añadió:

—Hermanos, no tomen un taxi del Gobierno. Sus carros son viejos y huelen mal. Si quieren, les llamo un chofer particular. Sus autos son más nuevos, huelen mejor y les costarán menos.

George, José y yo nos echamos a reír. Tal parecía que todos los empleados del Hotel Nacional de Cuba ofrecían una multitud de servicios ilícitos para beneficio propio, sin miedo a sus empleadores gubernamentales.

Había estado en Cuba menos de dos horas y la realidad de la lucha diaria de sus habitantes tratando de suplementar su miserable salario oficial ya era evidente.

—No —le dije con una sonrisa—. Tenemos un chofer particular.

Maidel llegó con su sedán negro chino y mis amigos y yo nos subimos al auto. Momentos más tarde, estábamos de regreso a las calles de La Habana comenzando nuestro viaje hacia los lugares que una vez definieron mi niñez.

Mi ecléctica familia

Miré a través de la ventanilla de pasajero del auto de Maidel y empecé a recordar cómo mi hermano y yo crecimos en Cuba como miembros de una familia extensa que incluía a mis padres, abuelos maternos, tíos maternos y niñera, viviendo, riendo y respirando bajo el mismo techo. Mi hermano y yo fuimos criados, de un modo u otro, por todos ellos en un entorno definido por el amor, la música, el arte, los estudios y la diversión. Fue una época bella para nosotros.

Nunca hubo un momento aburrido en nuestro hogar, especialmente cuando tomas en consideración las personalidades eclécticas de los miembros de mi familia.

Mi abuelo materno, Marcos Mateo, era una persona culta con gran talento artístico. Su trabajo como director de la estación de ferrocarriles de Casablanca, en La Habana, lo mantenía ocupado durante la semana.

Los fines de semana pasaba su tiempo creando una variedad de proyectos de arte y carpintería en el garaje de nuestra casa, incluyendo los muebles de estilo modernista que usábamos. Al final de mis días escolares, y durante las vacaciones, le gustaba enseñarme principios de aritmética y ciencia muy por encima del nivel del currículo ya avanzado de mi escuela privada. También me animaba diariamente a pintar y a ensamblar objetos en juegos educativos de 3D, fraguando, sin saberlo, los cimientos de mi eventual carrera de arquitecto. Como diversión, mi abuelo tocaba guitarra clásica y cantaba. Por encima de todo, él era masón y se adhería a un código estricto de moralidad y conducta. Mi papá lo llamaba «padre». Mi abuelo llamaba a mi papá «hijo». Yo llamaba a mi abuelo «Tatá».

Mi abuela materna, Isaura, era maestra escolar. Dejó de enseñar en la escuela después de convertirse en madre para concentrarse en la crianza y la educación de mi mamá y mis tíos. Para entretenerse, mi abuela escribía y publicaba libros de poemas. Introversa por naturaleza, fue una esposa amorosa y una abuela cariñosa. Frecuentemente, cantaba con mi abuelo, armonizando sus interpretaciones melódicas. Otras veces, le gustaba escuchar música o interpretar sus poemas conmigo. Ella me llamaba «Mayi». Yo la llamaba «Tella».

Su hijo mayor era mi tío Miguel, quien medía un metro y ochenta y cinco centímetros (un poco más de seis pies) de estatura. Su estilo de vida bitnik se complementaba con el hábito de fumar en pipa, pensar filosóficamente, leer libros de historia y escribir poesía al estilo de la contracultura del Greenwich Village de los años cincuenta. También era contador profesional, le gustaba enzarzarse en discusiones intelectuales con la familia y tocaba la flauta. Su comportamiento serio lo hacía objeto de la picardía de su hermano menor, Marcolín. Aunque yo no alcanzaba a apreciar la intelectualidad de Miguel, lo percibía como alguien misterioso y genial. Él me llamaba «Mayito». Yo lo llamaba «Tati».

Mi tío Marcolín medía un metro y noventa y tres centímetros (seis pies y cuatro pulgadas) de altura. Físicamente, se parecía al músico estadounidense Jerry Lee Lewis y con frecuencia tocaba música de *rock and roll* y *boogie-woogie* en el piano. Mi intrépido tío era, además, médico. Con su

inteligencia, educación, profesión, estilo de vida libre, talento musical y buena apariencia, mi tío Marcolín era el favorito de cada mujer que lo conocía. Sus conductas de mujeriego exasperaban a mi masónico abuelo, mi filosófico tío Miguel y mi introvertida abuela. Yo lo entendía y pensaba que era mi tío divertido. Siempre me dijo que me quería como a un hijo. Yo siempre lo quise como mi segundo padre. Mi tío Marcolín me llamaba «Mayi». Yo lo llamaba «Padri».

Mi madre Leida, la hija intermedia de mis abuelos, era una persona dulce y con buenos modales. Le complacía tocar las composiciones de Lecuona y la música clásica en el piano. Se graduó de la universidad muy joven y trabajaba como maestra de *kindergarten*. Mi madre era el yin al yang de Marcolín, la niña de los ojos de mi abuelo, el amor de la vida de mi padre y la madre que yo respetaba y adoraba. Ella me llamaba «Puchi». Yo la llamaba «mami».

Mi padre, Ignacio, era un joven listo que perdió a su padre a la tierna edad de cuatro años. Con inagotable espíritu, tenacidad y una voluntad de hierro, se graduó de la universidad y se hizo contador profesional. Después de trabajar por quince años para la sucursal de la Corporación Frigidaire, en La Habana, mi padre estableció un pequeño negocio de contabilidad y ventas en productos electrodomésticos de Frigidaire y Sylvania hasta el día en que emigramos a Estados Unidos, en 1960. Era atlético, leal, carismático y le gustaba cantar y bailar. No sabía tocar un instrumento o escribir poesía, pero amaba el béisbol y compartió su amor por el juego conmigo. Yo crecí con mi padre como mi mejor amigo. Éramos espíritus afines. Éramos uno. Él me llamaba «Mayito». Yo lo llamaba «papi».

El último miembro de la familia era mi manejadora, Marta López. Marta era una dulce y paciente mujer negra que vino a La Habana buscando trabajo y terminó viviendo con nosotros como otro miembro de nuestro clan, diverso y ecléctico. La quise como a una segunda madre. Ella me quiso como a su propio hijo. Ella me llamaba «mi niñito». Yo la llamaba «Adelita López».

Vivir con mi familia extendida significó que siempre había algo que hacer en mi casa. Ya sea jugar canasta, disfrutar cuando los miembros de

mi familia tocaban sus instrumentos musicales, discutir eventos de actualidad, mirar partidos de béisbol y otras programaciones en la televisión, o disfrutar de la música en la radio, nuestros tiempos juntos siempre incluían un menú emocionante y variado de actividades. Para mí, a veces era más divertido ver a mi abuelo masónico mantener su compostura mientras discutía el tema del día con mi filosófico tío Miguel, mi dulce madre, mi travieso y sexualmente liberado tío Marcolín, y mi empresarial padre.

Ansiaba visitar las casas en las que crecí viviendo con todos ellos. Necesitaba sentir el calor de mi familia una vez más.

Extrañé a mi familia.

El lugar de mis primeros recuerdos

Había viajado a Cuba queriendo seguir las huellas borrosas de mi niñez en busca de los recuerdos perdidos de mi vida cubana. Esa mañana estaba a punto de empezar apropiadamente visitando la casa situada en Carmen 454, en donde viví los primeros cinco años de mi vida, aprendí a depender de mí mismo, dije mis primeras palabras y desarrollé mi primer sentido propio. Fue el suelo en el que me alcé en mis propios pies por primera vez y la tierra en donde comenzaron a crecer mis raíces cubanas.

El viaje a mi casa en la calle Carmen fue corto y pronto llegamos. Maidel aparcó el auto a lo largo del contén frente a la primera casa que yo llamé mi hogar y apagó el motor. Mis amigos me miraron en absoluto silencio. Nadie sabía qué decir.

Tratando nerviosamente de absorber las imágenes alrededor de nuestro automóvil, miré al espejo lateral del lado del pasajero y observé las reflexiones simultáneas del hogar de mi más temprana edad y la de mi cara actual. La fachada de la casa en la que viví los primeros cinco años de mi vida no había cambiado. Solamente el reflejo de mi semblante mostraba los efectos de los últimos cincuenta y seis años.

Me di cuenta de que la reflexión de mi rostro actual no correspondía con el reflejo simultáneo de la primera casa de mi niñez. Cinco décadas los separaban. Lo que sí pertenecía a ese inesperado momento a través del tiempo era el rostro de la niñez que vine buscando a Cuba.

Impulsado por esta bella comprensión, salí del auto y comencé a caminar hacia el jardín de mi antigua casa, deteniéndome frente a la puerta principal. Abrumado por múltiples olas de nostalgia, miré a mi alrededor y traté de absorber las imágenes cada vez más familiares que ahora me rodeaban. Hermosos y emocionantes recuerdos de mi infancia, incluyendo las olvidadas sensaciones de amor y asombro que matizaron mi niñez en ese lugar habían comenzado a regresar.

Recordé pararme en esa misma acera vistiendo mi uniforme escolar blanco y marrón con el logo del Instituto Edison sobre mi pecho, esperando a que mi padre me recogiera para llevarme a la escuela. Recordé cómo solía jugar a los vaqueros e indios aquí con mi hermano y mis amiguitos del vecindario, recreando escenas de los programas de televisión y las películas estadounidenses que mirábamos a menudo. Recordé cómo jugaba frecuentemente con mi perrito terrier, llamado Terry, en el jardín de la casa mientras mi abuela disfrutaba viéndonos jugar. También recordé cómo mi padre me enseñó a lanzar y fildear una pelota de béisbol, ganándome sus cariñosos y orgullosos elogios por mis esfuerzos exitosos.

Hace muchos años, mi vida en aquella casa fue deliciosamente dulce.

No viajé a La Habana con las manos vacías. Revisando varios de mis álbumes de recuerdos familiares antes de emprender el viaje a Cuba encontré algunas fotografías tomadas durante mi niñez en esa casa que ilustraban no solo la alegría y la inocencia de mis años más tempranos, sino también la apariencia de mi hogar en la calle Carmen al comienzo de los años cincuenta. Las puse, junto con otras fotos antiguas de mi vida en Cuba, en una carpeta de tres anillos que llevé conmigo.

Comparando esas viejas fotos con la casa frente a mí fue fácil ver que casi nada había cambiado en su fachada desde los años de mi niñez. Las puertas, las ventanas, los balcones y las barandas aún eran los mismos. El piso de granito del pasillo de entrada a la casa, visible en la fotografía que me tomaron en mi primer día de *kindergarten*, estaba igual. Para mi sorpresa, hasta la placa metálica con el número de la casa era la original que aparecía en mi fotografía de bebé, tomada en 1951.



(Circa 1955) Frente a mi casa en la calle Carmen,
listo para mi primer día de *kindergarten*.

Dicen que nunca se puede regresar al pasado. Sin embargo, en Cuba, un lugar detenido en 1959 y atrapado en una dimensión inmutable, te acercas mucho al ayer. La evidencia tangible que era mi antigua casa en la calle Carmen me permitió confirmar que mi tiempo aquí fue real. Una vez viví en esa casa. Yo soy, de hecho, cubano.

George tomó varias fotos mientras yo imitaba mis poses juveniles en algunas de las viejas imágenes que traje conmigo. Los vecinos, ahora fuera de sus casas, sacudieron sus cabezas con incredulidad y nos miraron como si fuéramos actores en una extraña comedia. Me sentí como un niño nuevamente y, probablemente, actué como tal imitando esas inocentes poses infantiles.

Esa misma mañana había abordado mi vuelo en Miami. Menos de tres horas después, George y yo nos reíamos a carcajadas frente a mi primera

casa en La Habana, jugando libremente como dos niños cubanos otra vez. Habíamos volado a un lugar detenido en el tiempo que, increíblemente, todavía preservaba las huellas y los sentimientos de mis primeros años de vida.

Había viajado a Cuba en búsqueda de los recuerdos de mi niñez cubana. En su lugar, mis recuerdos habían comenzado a encontrarme.

La anciana que hoy vive en mi antiguo hogar salió a la terraza del frente de la casa para ver lo que hacíamos. Me acerqué a ella, la saludé y me presenté. Le dije que estaba buscando los pasos de mi infancia en esa casa con la esperanza de recuperar las memorias, los colores y la humanidad de mis años viviendo ahí. La señora me miró con curiosidad, se encogió de hombros y no respondió.

Sin desanimarme, le mostré varias fotografías de mi niñez en aquella casa y le expliqué lo emocionado que estaba porque por primera vez en décadas había comenzado a recobrar memorias que por muchos años pensé que no existían. Ella miró las fotos de mi infancia con una expresión fría y distante; luego, el rostro le cambió de manera dramática y fijó su mirada en los vecinos, todavía afuera de sus casas. Con poco que perder y mucho que ganar, le hice la pregunta que ella probablemente ya esperaba.

—¿Sería usted tan amable de permitirme entrar a su casa? ¿Podría ayudarme a recuperar mis memorias? ¿Podría usted ayudarme a recordar?

La anciana levantó su ceja izquierda, me echó una mirada desinteresada, soltó un fuerte resoplido y simplemente dijo: —¡No!

Controlé los acelerados latidos de mi corazón y me dije que todo estaba bien. Para ella, probablemente, yo no era más que un desconocido sospechoso de «la Comunidad». Entendiendo cómo mi solicitud de ingresar a su casa pudiera interpretarse como una intrusión peligrosa, deje de pedirle que me permitiera pasar. Pensé que sería más prudente intentarlo otro día. Me despedí con una sonrisa falsa y empecé a caminar con mis amigos hacia el auto de Maidel.

Mi regreso a la conservada casa de mi niñez, sin embargo, había sido un comienzo alentador de lo que yo esperaba que fuera una semana de descubrimientos, experiencias, recuerdos y cierres.

Días de triciclo

José, George y yo subimos al sedán negro chino con las ventanas oscuridas de Maidel y comenzamos el corto viaje al Parque Mendoza, nuestra segunda parada del día.

Mi niñera, Marta, me llevaba diariamente a ese parque cuando era bebé, una rutina que fue cambiando de manera gradual a solo los fines de semana una vez que comencé a ir a la escuela. Quería recobrar aquellos recuerdos divertidos jugando con Marta y los niños del vecindario en el parque. Después de todo, ese fue el lugar de maravillas que yo siempre reclamé como mío luego de «haberlo comprado por un centavo».

No podía esperar verlo de nuevo.

Al llegar al Parque Mendoza lo reconocí inmediatamente. Subí por los escalones anchos de su entrada y caminé ansiosamente por el césped de juegos libres hasta llegar a los senderos curvados que terminan en la pista ovalada de hormigón en donde montaba mi triciclo cuando niño. Ese era mi lugar favorito en el parque. Tal y como ocurrió con mi casa en la calle Carmen, poco había cambiado aquí también. Incluso, los árboles parecían ser los mismos de mi niñez.

El sol siempre parecía brillar durante mis visitas cuando niño al Parque Mendoza. Esta mañana, disfrutando del sol caluroso de mi niñez, sentí la necesidad de montar mi triciclo en la pista ovalada una vez más.



(Circa 1955) Montando mi triciclo en el Parque Mendoza.

Extrañé mi triciclo.

Recordé cómo Marta, al no tener hijos propios, me llamaba «mi hijito». Los días que pasamos juntos en el Parque Mendoza siempre fueron especiales para ella y para mí. Marta me animaba mientras yo pedaleaba mi triciclo en la pista ovalada o jugaba con mis amiguitos del vecindario

en el césped de juegos libres. A veces, se unía a nuestros juegos corriendo, saltando y riéndose al unísono.

Una de las fotos en mi carpeta mostraba a Marta sosteniéndome sobre el pedestal de una fuente del parque. Después de buscar la fuente por largo rato, un vecino del parque me informó que había sido dañada durante un huracán hacía muchos años y tuvo que ser demolida. La noticia me entristeció.

Recordé cómo Marta y yo también almorzábamos frecuentemente en ese parque. Convencerme de que dejara de jugar y me sentara a comer era a veces una tarea difícil para ella. Recordé por primera vez en décadas su secreto para lograr que me alimentara mejor.

—Te voy a comprar un helado de chocolate después que comas tu almuerzo, mi niño —me decía Marta—. Vamos, mi amor, acaba toda tu comidita.

Sus sobornos funcionaban bien. ¿Cómo podía negarme? Yo nunca la desilusioné y ella nunca dejó de comprarme el helado de chocolate.

Tristemente, Marta falleció hace varios años. Visitar este parque me recordó su bello rostro, su dulce carácter y el amor puro que siempre compartimos. Fue agradable recordar su abrazo suave y amoroso. Era una ternura que no había sentido en mucho tiempo. Fue un gran regalo.

Recordé a Marta.

Mis amigos y yo compramos cuatro barquillos de helado de chocolate en la misma tienda antigua que ella y yo visitábamos frente al Parque Mendoza y entramos al auto de Maidel. Ya ubicados en nuestros asientos, Maidel inició el viaje rumbo a mi casa del Reparto Sevillano, la próxima visita pactada para esa mañana.



(Circa 1953) Sentado en la fuente decorativa del Parque Mendoza
junto a mi querida niñera Marta.

Un desconocido sospechoso

Mi casa del Reparto Sevillano, situada en calle Cervantes 90 ½, estaba en un barrio sin letreros con los nombres de las vías. Tratar de encontrar mi antigua casa bajo esas condiciones resultó ser un viaje inesperado al mundo de la paranoia cubana.

Una de las maneras en que Cuba vigila a sus ciudadanos es alentándolos a delatarse unos a otros. Como resultado, los cubanos cuidan mucho lo que dicen en público y desconfían de los desconocidos.

Conducir por las calles del Reparto Sevillano en nuestro brillante sedán negro chino de aspecto ominosamente oficial nos mostró como los más sospechosos para todos los que nos miraban. Intentando encontrar las tres manzanas de la corta calle Cervantes, Maidel se acercó repetidamente a diversas personas pidiendo direcciones. Un vistazo a nosotros cuatro dentro del automóvil sospechoso provocó respuestas como encogerse de los hombros, inclinar la cabeza o, simplemente, responder con un «¡no sé!». Otros, tímidamente, afirmaron no conocer el barrio, incluso cuando cargaban bolsas de compra con alimentos perecederos.

Al no poder encontrar la calle Cervantes, Maidel nos informó que trataría de pedirle prestado a un amigo su aparato de GPS e intentarlo nuevamente al día siguiente. Todos estuvimos de acuerdo. Decidimos dejar el Reparto Sevillano para encaminarnos hacia la última casa en la que viví en Cuba, situada en el Reparto Apolo.

El año de los sueños rotos

Al comienzo de la década de los cincuenta, mi familia alquilaba las casas en que vivíamos en la calle Carmen y el Reparto Sevillano de La Habana. En 1957, con el negocio de mi padre creciendo rápidamente, compramos una casa en construcción en una nueva zona suburbana de la Habana, llamada Reparto Apolo.

Nuestra vida allí, sin embargo, no duró mucho tiempo. Dos años después de que mi padre firmara el contrato para comprar la casa del Reparto Apolo, los vientos de cambio político trajeron transformaciones

incompatibles con nuestro futuro en Cuba. En noviembre de 1960, mis padres, mi hermano y yo emigramos del Reparto Apolo a Estados Unidos.

Mis abuelos y mis tíos continuaron viviendo allí, esperando el día de nuestro regreso, un reencuentro destinado a no ocurrir.

Esta tarde no tuvimos problemas encontrando la calle San Leonardo y mi casa del Reparto Apolo. La reconocí tan pronto pasamos frente a ella. Maidel aparcó su carro a una cuadra de distancia y los cuatro nos encaminamos hacia mi antiguo hogar. A mitad de camino, los recuerdos de mi vida allí comenzaron a retornar rápidamente, abrumándome con preciosos sentimientos de alegría y anticipación juvenil que nunca esperé sentir como adulto. Me detuve un rato, respiré profundamente y cedí a mis irresistibles sentimientos nostálgicos.

Desventuras de mis años difíciles en el Reparto Apolo

Recordé que mis años viviendo en el Reparto Apolo fueron definidos por impulsos preadolescentes «muy divertidos», llevándome frecuentemente a vivir aventuras y desventuras imprudentes que nunca comenté con mis hijos por temor a darles un mal ejemplo.

Viviendo allí, aprendí a expandir mis horizontes lo máximo posible. Recordé aquellos días como una época de grandes descubrimientos, exploración, asombro y diversión. Mis padres, estoy seguro, aún se referirían a ese tiempo como «los años difíciles de Mayito».

—*¡Vamos a correr detrás del camión de fumigación!*

Recordé cómo mis amigos del vecindario y yo corríamos detrás del camión de fumigación contra mosquitos cada vez que pasaba frente a nuestras casas en el Reparto Apolo, gritándoles hasta que se perdían de vista. Esas imponentes y ominosas máquinas venenosas subían lentamente la colina frente a nuestras casas causando un alboroto que nos resultaba difícil de ignorar. Siempre nos parecieron semejantes a dragones invadiendo las calles que teníamos que defender.

No pude evitar sonreír recordando la expresión de mi abuela cuando me regañaba por correr tras aquellos camiones tóxicos. Tella no entendía mis heroicidades preadolescentes contra aquellos dragones invasores.

—¿Quién quiere subirse al tren?

El patio trasero de mi casa en el Reparto Apolo descendía hacia una finca ganadera, un arroyo y, finalmente, una vía de tren. Recordé que un día mi primo Julio y yo bajamos corriendo por la colina, nos subimos a un árbol de mangos y decidimos practicar nuestras habilidades de béisbol, lanzándoles mangos a los novillos que pastaban en la propiedad de la finca ganadera. Al cabo de un rato, los toros se disgustaron por los mangos que les lanzábamos y se desplazaron al otro extremo de la finca.

Completamente aburridos, Julio y yo nos sentamos en una de las ramas más altas del árbol y miramos alrededor nuestro buscando otra cosa en qué entretenernos. De repente, nos llamó la atención un viejo tren a vapor para el transporte de carga que se aproximaba por la vía férrea produciendo ruidosos silbidos, resoplidos, chasquidos metálicos y mucho humo. Sintiendo que era una oportunidad demasiado irresistible para desaprovecharla, nos bajamos del árbol de mango, corrimos hacia las vías férreas y, por razones obvias solo para un niño de ocho años, decidimos subir a uno de los vagones del tren. Eso, pensamos, sería el comienzo de una gran aventura.

Poco después de subirnos al tren, no obstante, la locomotora ganó gran velocidad y ninguno de los dos nos atrevimos a saltar. Aproximadamente una hora después, y a kilómetros de distancia, el tren paró en la siguiente estación de ferrocarril. Mi primo y yo nos acercamos al borde del vagón, saltamos del tren a la vía férrea y caminamos lentamente hacia la estación de ferrocarril, esforzándonos por no ser detectados.

Sin dinero, sabíamos que tendríamos que pedirle a alguien una moneda para llamar a nuestros padres desde uno de los teléfonos públicos de la estación y pedir ayuda. Una abuela con aspecto dulce demostró ser el blanco perfecto. Como ni Julio ni yo queríamos sacrificar nuestra futura libertad siendo el que llamara a su respectivo padre, decidimos primero usar la moneda que nos dio la abuelita para determinar quién tendría el «honor» de hacer la llamada. Desafortunadamente, yo perdí. Sin elección, entonces, llamé a mi padre y le pedí que viniera a buscarnos.

Mi padre no encontró nada divertido en lo que hicimos. Al llegar cada quien a su casa, tan grandiosa aventura culminó con largos encarcelamientos en nuestros dormitorios, impuestos por nuestros disgustados padres.

Recordé cómo en ese momento pensé que nuestra aventura, después de todo, había valido la pena. Estoy seguro de que nuestros padres todavía estarían en desacuerdo.

—¿Por qué traes un hacha?

También recordé que, en otra ocasión, Julio y yo subimos una colina del barrio pretendiendo ser soldados. Por alguna razón, Julio trajo consigo un hacha esa mañana y decidió usarla en una rama caída sobre el sendero en el que caminábamos. Una y otra vez descargó su hacha hasta que en uno de los golpes falló la rama, pero no el dedo pequeño de su pie, resultando en mucha sangre y gritos. Puse su brazo sobre mi hombro y, como un valiente héroe de la Segunda Guerra Mundial, lo ayudé a bajar la colina atravesando las líneas del enemigo imaginario hacia la seguridad de su casa.

Todo resultó tal y como lo planeamos, excepto por su dedo ensangrentado. Mi heroísmo ese día, sin embargo, me ganó un regaño de mis padres y otro encarcelamiento en mi cuarto, un sitio que ya conocía íntimamente.

Te he estado esperando desde hace mucho tiempo

Pero estos eran los recuerdos del ayer. Ahora era un nuevo día. Fijé la vista en mi casa del Reparto Apolo, pensé en mi inminente regreso al último lugar que una vez llamé mi hogar en Cuba y comencé a caminar hacia allí de nuevo.

Recordé haber oído hace muchos años que un hombre llamado Héctor se había mudado a mi casa del Reparto Apolo al fallecer mi abuelo en 1967. Tenía deseos de conocerlo. Quería que me hablara de la vida de mi familia durante los años que siguieron a mi partida de Cuba y cómo llegó a vivir en nuestra casa. Tenía esperanzas de conocerlo esa mañana.

Unos pasos más adelante, me fijé en un hombre mayor parado detrás de la puerta de la cerca del jardín delantero de mi casa hablando con dos personas en la acera frente a él. Al llegar mis amigos y yo al grupo, los dos hombres parados en la acera reconocieron nuestra presencia con un leve movimiento de sus cabezas y se alejaron rápidamente.

El hombre al otro lado de la puerta, sin embargo, giró su cuerpo para vernos de frente y sonrió. Yo sonreí también, le tendí la mano y dije:

—Buenos días.

—Buenos días a ustedes también —replicó el hombre.

Hice una pausa, aclaré la voz y le pregunté nerviosamente:

—¿Usted se llama Héctor?

—Sí —me dijo cortésmente—. ¿Y usted es...?

—Mario Cartaya Mateo —respondí usando mis apellidos paterno y materno para identificar a mi familia.

Héctor me dio una larga mirada, se sonrió con amplitud, cruzó el umbral hasta situarse a nuestro lado en la acera y en voz alta exclamó:

—¡Mario Cartaya Mateo! Te he estado esperando desde hace mucho tiempo.

Yo me había preparado para esperar lo inesperado durante este viaje y sabía que enfrentaría momentos desafiantes, pero el saludo de Héctor fue algo que nunca pude imaginar. Me quedé parado allí, en la acera frente a mi casa del Reparto Apolo y lo miré completamente incrédulo.

—Mario, ¿qué está pasando? —susurró José en mi oído.

—No sé —contesté.

—Ahora sí que se puso bueno esto —dijo George resumiendo el sentimiento de todos.

Abrí mi carpeta roja de tres anillos y le mostré a Héctor varias fotografías, tomadas en 1960, de mis abuelos, padres y tíos parados en el portal de mi antigua casa del Reparto Apolo. Él las miró con gran deleite, comenzó a reírse y dijo:

—Mayito, yo conocía bien a tu familia. Tu abuelo, Marcos, era un buen hombre. Yo lo amaba y respetaba. Qué bueno que estás aquí.

—Yo lo amaba también —le respondí.

—Tu tío Marcolín —me dijo— era tan alto que la parte de arriba de mi cabeza apenas le llegaba a su hombro. Él era mi mejor amigo. Éramos como hermanos.

Sorprendentemente, estaba frente a un hombre que había conocido, interactuado y amado a mi familia. Héctor era mi primera conexión humana con los miembros de mi familia que una vez dejé atrás en esa casa y que nunca más volví a ver. Tenía mucho que preguntarle.

Dándome cuenta de la importancia de este momento fortuito, respiré profundamente, contuve mis emociones y le pregunté:

—Héctor, ¿qué fue lo que quisiste decir cuando me saludaste con «te he estado esperando desde hace mucho tiempo»?

—¿Nadie te dijo nada? —me preguntó Héctor con incredulidad—. Cuando tu tío Marcolín descubrió que la enfermedad de tu abuelo era terminal, él no quería que tu casa fuera confiscada por el Gobierno y asignada a un revolucionario después de que tu abuelo muriera. Al morir tu abuelo, tu tío permitió que mi esposa y yo nos mudáramos a tu casa. Yo, a mi vez, me comprometí a cuidar la casa y las posesiones de tu familia hasta el día que ustedes regresaran de Estados Unidos. Ese día yo se lo devolvería todo a ustedes.

—Nadie hubiera pensado que tomaría tanto tiempo en regresar —intervine—. Pero solamente estoy de visita. No vine a quedarme. No tienes que devolverme nada hoy.

—Me alegra que hayas venido. Por favor, entra en tu casa conmigo. Hay algunas cosas que quiero enseñarte —concluyó Héctor, acompañándonos a mis amigos y a mí hacia el interior de su casa, mi antiguo hogar.

El solitario silencio de la evidencia tangible

Una vez en la sala, Héctor me puso uno de sus brazos sobre el hombro, sonrió orgullosamente y me dijo:

—Mira a tu alrededor, Mayito. ¿Reconoces algo?

—Sí, Héctor, todo parece estar tal y como el día que salí de Cuba —le contesté, recordando cada puerta, habitación y ventana a mi alrededor. La máquina del tiempo cubana estaba funcionando muy bien en mi casa

del Reparto Apolo también. Hasta las baldosas del piso y los colores de las paredes eran los originales de cuando vivíamos aquí hace cincuenta y seis años. Nada había cambiado.

—Sigue mirando —continuó Héctor—. ¿Hay algo más que recuerdes?

—Todo me parece tan familiar —murmuré con inquietud tratando de absorber la multitud de imágenes de mi niñez que, increíblemente, me rodeaban de nuevo.

—Mira los muebles —añadió Héctor—. Tu abuelo los diseñó y construyó.

—Sí, me acuerdo —respondí invadido por los recuerdos de mi abuelo trabajando en sus muchos proyectos de carpintería—. Los hizo justo antes de mudarnos a esta casa, en 1959.

—Ahora, mira la vitrina al lado de la mesa del comedor —instruyó Héctor con una sonrisa picara.

Me acerqué a la vitrina que mi abuelo construyó hace tantos años, inclinándome para mirar dentro de la tapa y las puertas corredizas de vidrio.

—Estos eran nuestros utensilios y platos —exclamé con sorpresa y deleite.

—Sí, lo son —dijo Héctor—. Nadie los ha tocado desde el día en que murió tu abuelo.

Sorprendentemente, Héctor había mantenido la promesa que le hizo a mi tío Marcolín hacía más de cinco décadas. Nuestra casa, al igual que sus contenidos estaban aún allí, esperando silenciosamente el retorno a Cuba de mi familia exiliada en Estados Unidos.

Frente a mí, una vez más, sorprendentemente conservados durante los últimos cincuenta y seis años, estaban los muebles y objetos de uso diario de mi familia sinónimos con mi niñez en esa casa. Los muebles de la sala y del comedor diseñados y contruidos por mi abuelo, los vasos, las tazas de café, los platos y los cubiertos que mi familia y yo usamos diariamente me miraban, otra vez, en triste y absoluto silencio.

De repente, se hizo tangible la evidencia de que los objetos cotidianos de mi preadolescencia estaban a mi alcance una vez más. Una inmensa ola de nostalgia me embargó y, por un inolvidable momento, me vi comiendo

y tomando de ellos otra vez. Lentamente, abrí las puertas corredizas de vidrio de la vitrina modernista que construyó mi abuelo y con delicadeza introduje mi mano y toqué mi niñez.

Reconocí el vaso de cerveza favorito de mi tío Marcolín, lo saqué de su estante de vidrio y recordé que cada domingo, antes de nuestra comida familiar semanal, mi padre y mis tíos se sentaban en el portal de la casa para compartir cuentos, contar chistes y picar de galletas de soda y sardinas servidas con cerveza fría. Marcolín era el único que tomaba su cerveza en un vaso, el mismo vaso estilo art déco que ahora sostenía con fuerza en mi mano.

Le pedí a Héctor permiso para quedarme con el antiguo vaso de cerveza de mi tío y se lo di a Maidel para que lo pusiera en algún lugar seguro del auto. Días después traje el vaso y los recuerdos de mi tío Marcolín a mi hogar en Estados Unidos.

—Realmente me gusta el vaso de cerveza de tu tío Marcolín —bromeó George.

—Tal vez te deje beber de él algún día si tú compras la cerveza —le respondí.

Ecos de mi familia, transmisiones de béisbol y más

Héctor nos invitó a reunirnos con él y su familia en la sala de la casa. Nos sentamos en los muebles diseñados y contruidos por mi abuelo y empezamos a escuchar los recuerdos de nuestro anfitrión acerca de su vida en Cuba y la amistad que una vez compartió con mi familia.

Visiblemente emocionado con cada historia que contaba, su voz delataba su alegría y entusiasmo. Ese día, los vívidos recuerdos de Héctor resonaban por las paredes de mi antigua casa, sirviendo de justo fondo a los ecos de las muchas conversaciones, la música y las risas que hace tanto tiempo la convirtieron en mi hogar.

Los recuerdos, las imágenes y los sonidos de mi niñez en esa casa vivían de nuevo dentro de mí, mientras mis amigos y yo compartíamos una tarde improbable con un recién descubierto amigo de la familia, un hombre increíblemente leal y decente llamado Héctor.

Héctor me pidió que lo acompañara para ver el resto de la casa con él mientras mis amigos permanecían en la sala conversando y disfrutando de una jarra de limonada fría con su esposa e hija.

Caminamos hacia mi antigua habitación y abrimos la puerta. Miré las ventanas con celosías de madera, flanqueadas por las vitrinas empotradas que una vez exhibieron mis premios escolares y sonreí. Bajo esas ventanas, recordé que a menudo me acostaba en la cama por las noches escuchando en secreto las transmisiones por la radio de los juegos de béisbol del Almendares y los Cuban Sugar Kings. No queriendo que me castigarán, mantenía el volumen de la radio lo suficientemente bajo para que mis padres no se enteraran de lo que yo hacía cuando debería estar durmiendo.

Ellos, probablemente, lo sabían de todos modos. Muchas veces me quedaba dormido durante las transmisiones nocturnas solo para despertarme por la mañana con un radio que se había apagado como por arte de magia en medio de la noche.

Salimos de mi vieja habitación y seguimos recorriendo el resto de la casa, deteniéndonos eventualmente frente a una puerta cerrada con llave. Héctor sacó un llavero de su bolsillo y la abrió.

—¿Recuerdas esta habitación? —susurró Héctor, tornándose sombrío de repente.

—Sí —le contesté en voz baja—. Este era el cuarto de mis abuelos.

—Tienes razón —dijo—. Por favor, entra en este cuarto conmigo. Hay algo que quiero mostrarte.

—Tu abuelo murió en esta cama —añadió Héctor, señalando el lecho matrimonial de mis abuelos.

Héctor me lo informó señalando el lecho matrimonial de mis abuelos.

Yo siempre supuse que mi abuelo había fallecido en un hospital. Nunca imaginé descubrir que murió en la cama de su habitación en nuestra casa. La miré fijamente y, conteniendo mis lágrimas, le di la espalda a Héctor para que no notara mi estado de ánimo.

—Nadie ha dormido en esta habitación desde que tu abuelo murió —suspiró Héctor—. El pobre Marcos sufrió mucho en esta cama durante su enfermedad. Una vez que se hizo evidente que el fin estaba cerca y su

dolor era demasiado intenso para soportarlo, tu tío Marcolín le administró varias dosis de morfina aquí, tratando desesperadamente de disminuir su sufrimiento hasta que murió.

Me senté en la cama de mi abuelo, acaricié su almohada y contemplé la escena dolorosa que una vez transcurrió en esta habitación. Sentí la angustiosa situación de mi abuelo, sufriendo de gran dolor físico, sintiendo que su muerte se acercaba y sabiendo que nunca más nos volvería a ver.

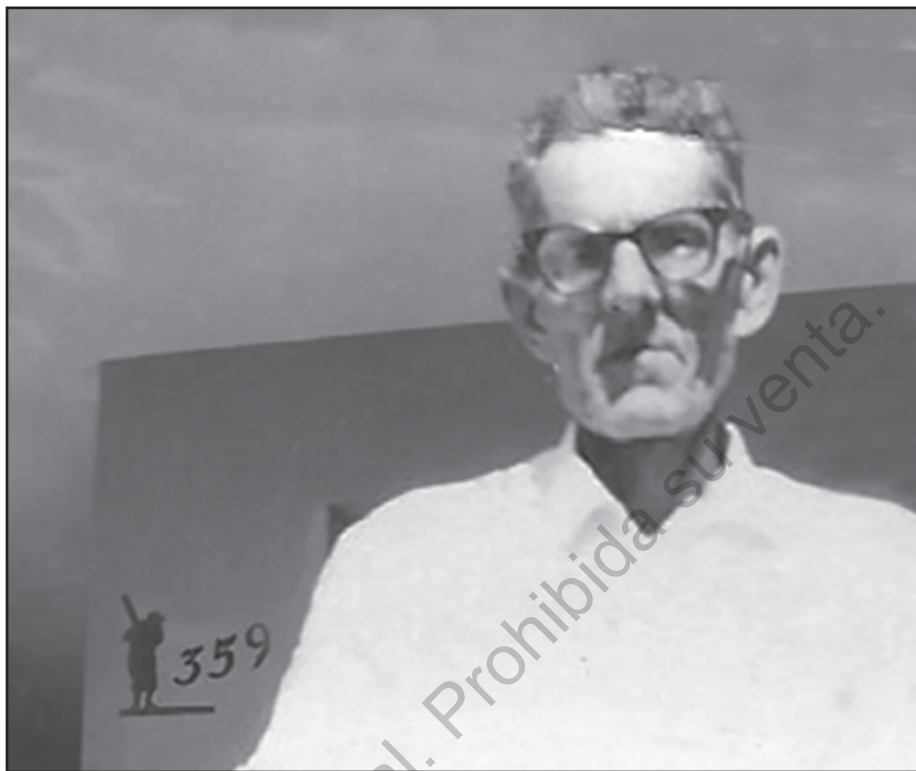
Una tristeza indescriptible colmó mi corazón. Pensé cuán difícil fue para mi madre aceptar la muerte de su padre sin poder verlo, reconfortarlo, despedirse o decirle cuánto lo amaba. Recordé cómo, con su corazón roto, ella lloró por semanas en nuestra casa en Miami. Estoy seguro de que mi abuela, mis tíos y mis tías lloraron por muchos días en esa habitación en La Habana, también.

Había llegado mi turno de decirle adiós a mi abuelo, sentado en su lecho de muerte, consolado por el recuerdo del amor de mi familia y con un nuevo amigo llamado Héctor.

Recé por el alma de mi abuelo, abracé su almohada y le dije adiós.

«La muerte no llega con la vejez, sino con el olvido».

—Gabriel García Márquez



(Circa 1960) Mi abuelo, Marcos Mateo, frente a la casa de Reparto Apolo y el número de dirección que yo escogí.

Un secreto bien guardado

Justo antes de emigrar a Estados Unidos en 1960, mi padre le vendió su negocio a un amigo en La Habana. Ya en ese año, no obstante, el Gobierno cubano estaba limitando drásticamente el flujo de dinero prerrevolucionario hacia Estados Unidos. Como consecuencia, las ganancias de la venta del negocio de mi padre tendrían que permanecer en Cuba.

Poco después de que el acuerdo de venta fuera firmado, y requiriendo que el comprador le entregara el dinero a mi abuelo en nuestra casa del Reparto Apolo, mis padres, mi hermano y yo emigramos de Cuba hacia Estados Unidos. Mi abuelo, a su vez, se comprometió a cuidar el dinero hasta el día de nuestro regreso. Todos pensamos que nuestro tiempo en exilio sería corto.

Al transcurrir los años y convertirse en permanente nuestra vida en Estados Unidos, nunca tuvimos confirmación en Miami de que mi abuelo recibió el dinero en La Habana. Después de la muerte de mi abuelo, el tema cayó en un silencio indefinido. Mi padre siempre creyó que su amigo nunca le entregó el dinero a mi abuelo.

Héctor me ayudó a salir de la habitación de mi abuelo y me pidió que lo siguiera fuera de la casa, hacia el patio del costado. Tenía otro lugar que mostrarme.

Una vez allí me miró y, en voz baja, como para que nadie más pudiera oírlo, me preguntó:

—¿Reconoces esta acera de concreto?

—No —le respondí.

—No, tú no la recordarías —me dijo—. Tu tío Marcolín me pidió que la construyera después de que ustedes se fueron a Estados Unidos.

—¿Por qué me la estás mostrando? —le pregunté inocentemente.

—¿Ves esta marca? —añadió Héctor señalando una cicatriz visible en el concreto—. Debajo, tu tío Marcolín enterró varios pesos cubanos antiguos en latas de alimentos selladas con cera, justo después que tú y tu familia se fueron de Cuba. Me dijo que era el dinero de la venta del negocio de tu padre.

—¿Por qué nadie nos informó que el pago de la venta del negocio de mi padre se había hecho? —le pregunté.

—Tu abuelo nunca les envió confirmación de haber recibido ese dinero porque temía represalias del Gobierno. Poco después de que ustedes se fueron a Estados Unidos, los pesos cubanos antiguos (a la par del dólar) tuvieron que ser entregados al nuevo Gobierno revolucionario cubano para ser reemplazados por nuevos billetes y monedas revolucionarias cubanas, inútiles fuera del país. No hacer el cambio era ilegal. Cualquiera que encontraran en posesión de dinero anterior a la Revolución Cubana de 1959 sufriría las consecuencias.

—¿Así que él nunca le dijo nada a nadie? —le pregunté.

—A nadie —respondió Héctor—. Este dinero es tuyo. Si quieres, lo desentierro ahora mismo y te lo doy.

—No —le dije—. Déjalo enterrado aquí como un recuerdo duradero de mi abuelo y mi tributo a un amigo honesto y leal a quien mi familia le confió el cuidado de nuestra casa hasta el día de nuestro regreso.

Mi padre había estado equivocado todos estos años. Él murió en Miami creyendo que su amigo lo había traicionado. Yo quisiera que mi padre hubiera sabido la verdad. Se habría ahorrado mucha angustia, amargura y dolor.

Héctor y yo regresamos a la sala de la casa y nos unimos con mis amigos justo a tiempo para disfrutar de los últimos vasos de limonada que su esposa traía de la cocina.

Lealtad, honor y gratitud

Pensé en cómo Héctor había vivido allí con su familia por cinco décadas honrando la promesa que le hizo a mi tío Marcolín de proteger nuestra casa y propiedad personal hasta el día en que volviéramos, sin ceder nunca a la tentación de vender nada de ello para ayudar a su familia durante los muchos períodos de severa escasez en Cuba.

¿Quién mantiene esa clase de promesa por cincuenta años? Héctor, un amigo leal y honesto, lo hizo. Yo, sin embargo, viví todo ese tiempo disfrutando de los beneficios y las oportunidades de una vida de clase media en Estados Unidos. Me di cuenta de que ya no tenía derecho moral sobre la casa. Sabía, con absoluta claridad, lo que tenía que hacer.

Me acerqué a Héctor, le di un apretón de manos y le dije:

—Eres un amigo leal que le mantuvo su promesa a mi familia durante la mayor parte de su vida. Me siento honrado de haberte conocido. Tu promesa a la familia Mateo ya está cumplida. Quiero que esta sea tu casa de ahora en adelante.

—Gracias —respondió Héctor con la voz quebrada por la emoción.

—Mario —intervino George rodeando mis hombros con su brazo—, eres un buen hombre.

Héctor me abrazó, me besó en la mejilla y murmuró con suavidad:

—Solamente hasta el día de mi muerte. Después de que muera, quiero que la casa regrese a ti. Tu abuelo y tu tío Marcolín lo habrían querido así.

Dejando una vez más mi casa de Apolo

Se estaba haciendo tarde y necesitábamos continuar hacia la próxima visita.

La última vez que salí de mi casa del Reparto Apolo dejé atrás mi tierra natal y a mis seres queridos. Nunca olvidé el inquietante sonido de la puerta principal cerrándose detrás de mí. Esta vez no sufría mientras salía de mi casa. Me iba consciente de que nuestro hogar había sido cuidado por un buen hombre que, incluso en un país con grandes dificultades, seguía manteniendo viva la historia de mi familia en Cuba.

Abracé a Héctor una vez más y le dije que teníamos que irnos. Le prometí visitarlo pronto. Después de todo, ya éramos familia. Mis amigos y yo salimos por la puerta principal, nos despedimos de él y caminamos hacia el auto de Maidel.

Era hora de irnos.

La visita a mi casa del Reparto Apolo fue un recordatorio de mi traumática partida de Cuba, la anticipación de un pronto regreso no realizado, los últimos días de mi abuelo y la integridad del hombre que mi tío eligió para cuidar nuestro hogar durante el exilio de mi familia en Estados Unidos. También fue un triste testimonio de los primeros años caóticos, abusivos y corruptos de la Revolución Cubana de 1959 y de las horrendas separaciones sistemáticas de familias que aún hoy definen la dolorosa diáspora cubana.

Más que nada, aprendí una lección inesperada acerca del poder de la hermandad cubana, los lazos de mi familia, la lealtad de un buen amigo y el espíritu de una cultura e identidad que, a través del Estrecho de Florida, conquista la prueba del tiempo. Fue un maravilloso espejo de esperanza reflejando un futuro inclusivo de la Reconciliación Cubana.

“Nunca subestimes el poder de los sueños y
la influencia del espíritu humano”.

—Wilma Rudolph



(mayo de 2016) Con Héctor y su esposa frente a uno de los muebles diseñado y construido por mi abuelo.

De regreso a la escuela

Minutos después, mis amigos y yo estábamos de regreso a las calles de La Habana, camino al Instituto Edison, la escuela privada a la que asistí desde *prekindergarten* hasta el cuarto grado.

Durante años he luchado con recuerdos fragmentados e inconclusos de mis años estudiando en el Instituto Edison, despertándome con fre-

cuencia frustrado por la falta de claridad. En esta ocasión, quería recorrer los pasos que una vez di en mi antigua escuela con la esperanza de recuperar aquellos recuerdos que me ayudaran a completar mis frustrantes sueños parciales.

Recordé cómo después de que tomamos la decisión de emigrar a Estados Unidos, mi padre me pidió que nunca le mencionara a nadie en la escuela que pronto salía de Cuba. Quería protegerme de los insultos y los actos de violencia comunes en esa época contra aquellos que huían del país. Una tarde de noviembre de 1960 salí en silencio de mi aula de cuarto grado y nunca más regresé.

Ahora, estaba retornando a mi escuela por primera vez desde aquel día.

Cuando llegamos al Instituto Edison esa tarde ya el día escolar se estaba acabando. Salí del auto de Maidel, respiré profundamente y comencé a caminar con George hacia el bello pórtico de mármol que marca la entrada de mi antiguo colegio.

Casi una docena de niños uniformados y de una edad similar a la mía cuando salí de Cuba hablaban y reían bajo el pórtico mientras George y yo nos acercábamos a la entrada de la escuela. Cuando los niños nos vieron, se aquietaron torpemente, hicieron contacto visual con nosotros y nos mostraron sus mejores sonrisas de «yo no fui». Por un mágico y bello instante me pareció como si los amiguitos de mi niñez en esta escuela estuvieran aquí otra vez, esperándome pacientemente para comenzar juntos nuestro nuevo día escolar, un momento apropiado para comenzar mi visita a la escuela con la que siempre me sentí tan conectado.

Todavía parado frente al pórtico me alegró descubrir que la inscripción original en la que se leía «Instituto Edison», tallada en su fachada, así como el logotipo «I.E.» en el piso de granito a mis pies, no había cambiado. Yo no esperaba verlos. Muchos de los nombres y logotipos estadounidenses en Cuba fueron cambiados, hace años, por nombres, títulos y símbolos sinónimos de la Revolución Cubana de 1959. Me agradó ver que ese no había sido el destino de mi colegio.

George y yo caminamos hacia el ala administrativa de la escuela, entramos y le preguntamos a la recepcionista si podíamos hablar con la directora.

La recepcionista nos miró y dijo:

—¿Se refieren a la administradora?

—Sí —respondí—. ¿Podríamos, por favor, hablar con ella?

—Por supuesto. Síganme —contestó la recepcionista y nos llevó a la oficina.

Cuando entramos, una espigada afrocubana se levantó de su escritorio, nos miró con curiosidad y preguntó:

—Hermanos, ¿cómo puedo ayudarlos hoy?

—Yo fui alumno del Instituto Edison durante la década de 1950 y mi madre fue maestra de *kindergarten* aquí entre 1945 y 1960 —le dije—. De hecho, el mural en el aula de *kindergarten* fue pintado por mi abuelo hace mucho tiempo. Estoy en Cuba por primera vez en cincuenta y seis años buscando reclamar los recuerdos olvidados de mi niñez cubana. ¿Usted me permitiría recorrer la escuela para recordar mis años aquí?

—Yo no asistí a esta escuela —intervino George con un guiño y una sonrisa —pero mi madre sí. ¿Podría acompañar a Mario?

—Hermanos, todavía hay algunos estudiantes terminando su día escolar o asistiendo a actividades después de las clases —señaló la administradora—. La única manera en que puedo dejarlos entrar es con alguien que los acompañe. ¿Están de acuerdo?

—Claro —respondimos rápidamente.

La administradora llamó al guardia de seguridad de la escuela y le pidió que nos llevara a donde quisiéramos ir. Momentos más tarde, un hombre joven llamado Bruno se acercó, se presentó como nuestro guía y nos dirigió fuera del ala administrativa.

A pocos pasos de comenzar nuestro recorrido, no obstante, la administradora nos alcanzó por sorpresa, esbozó una sonrisa triste y me dijo:

—Compañero, siento informarle que el mural de su abuelo fue cubierto por pintura cuando restauramos las paredes de las aulas de la escuela hace un par de años.

«¿Compañero?», me pregunté en silencio. De repente recordé en donde me encontraba.

Me despedí de la «compañera», dejé el ala administrativa muy triste por la pérdida del mural de mi abuelo y empecé a caminar con George y Bruno hacia el edificio principal de aulas escolares. A mitad de camino, nuestro guía recibió una llamada en su móvil, nos miró con mucha pena y se disculpó.

—Perdónenme, pero mi novia acaba de llamar y necesito irme. Sigán su recorrido sin mí. Por favor no me metan en problemas. Pásenla bien, hermanos.

Nos despedimos de Bruno y lo vimos retirarse, aún conversando con su novia en su móvil.

Libres para explorar el Instituto Edison por nuestra cuenta, George y yo pronto empezamos a caminar por los pasillos de mi antigua escuela y, brevemente, entramos en el aula de kindergarten a la que asistí con mi madre como maestra y a la cafetería de los estudiantes en la que frecuentemente disfrutaba de sándwiches, mariquitas de plátanos fritos y refrescos durante mis almuerzos.

Subimos la escalera hasta el corredor del segundo piso y comenzamos a cruzarnos con decenas de estudiantes que se apresuraban a entrar o salir de sus aulas. La mayoría nos miró brevemente con una sonrisa nerviosa. Otros nos saludaron con un simple «hola».

Bienvenido al cuarto grado

Abrí impulsivamente una puerta del segundo piso y entré a unas de las aulas. Por fortuna, no había nadie adentro. Miré a mi alrededor y me di cuenta de lo bien que conocía a este lugar.

«Bienvenidos al cuarto grado», se leía en el viejo y descolorido cartel sobre el pizarrón detrás del escritorio de la maestra. De alguna manera, y contra toda expectativa, había regresado inesperadamente a la misma aula de cuarto grado de la cual salí silenciosamente un día de noviembre en 1960 para nunca más regresar, hasta ahora.

Tratando de darle sentido a esta increíble coincidencia, me senté en uno de los pupitres antiguos de madera con la tapa abisagrada sobre el compartimiento frontal de guardar libros y miré mi antigua aula de cuarto grado con total asombro e incredulidad.

Yo conocía este lugar bien. Todo parecía y olía como la misma aula de cuarto grado que una vez dejé silenciosamente hacia una nueva vida de exilio en Estados Unidos. Por un delicioso momento me sentí como si tuviera nueve años otra vez, vistiendo mi uniforme blanco y marrón con el logo «I.E.» sobre el pecho, y calladamente sentado en mi pupitre asignado, esperando a que mi maestra y mis compañeros entraran de un momento a otro.

Sentí el deseo de complacer a mi maestra. Sentí la necesidad de hacer que mis padres se sintieran orgullosos de mí. Sentí mi inocencia. Sentí las ganas de jugar y reír con mis compañeros. Sentí como si estuviera de nuevo en mi aula de cuarto grado y los años no hubieran pasado.

Me di cuenta de que mi antigua aula de cuarto grado me había dado la bienvenida esta tarde, no solo como un adulto curioso redescubriendo su pasado, sino como un niño regresando a su escuela después de unas largas vacaciones en vez de cincuenta y seis años pasados en exilio. Fue un hermoso momento de regresión. Fue una experiencia preciosa y tierna. Fue un gran regalo de recuerdos, sentimientos, inocencia y amor incondicional.

Me sentí humilde y agradecido por mi buena fortuna.

Comenzando nuestro día escolar

Un poco después, ya se hizo la hora de dejar el aula de cuarto grado una vez más. Buscando un espacio para controlar mejor mis inesperadas y fuertes emociones, decidí ir con George al patio ceremonial de la escuela, necesitando respirar un poco de aire fresco.

El patio del Instituto Edison era una plaza al aire libre en el que se celebraban múltiples funciones relacionadas con la jornada académica, incluyendo reconocimientos y festivales escolares. Era también el lugar en donde cada mañana los estudiantes y los profesores de la escuela partici-

paban de un ritual que incluía cantar el himno nacional cubano y el alma mater de la escuela, mientras que la Guardia de Honor Estudiantil izaba tanto la bandera cubana como la del Instituto Edison en sendos mástiles.

Fuera del campo de béisbol, este era el lugar que más me agradaba en la escuela. Era, después de todo, un lugar de gran diversión, premios y exploración. Me detuve al lado de George en el centro del patio y recordé las muchas veces que empecé mis días escolares con mis compañeros. Instintivamente, comencé a cantar el himno nacional cubano y el de mi escuela. Para mi sorpresa, aunque no los había entonado por décadas, recordé todas sus palabras.

George me miró silencioso y desconcertado. Sacudió su cabeza y dijo:

—Mario, ¿qué estás haciendo?

—Comenzando nuestro día escolar —le respondí.

—Pues —dijo George —vamos entonces a aterrorizar a las maestras.

—Me parece bien —concluí—. ¡Vamos!

Tras mi no anticipado ritual escolar matutino ya cumplido, abrí mi carpeta de tres anillos y comencé a comparar los edificios que definían ese patio escolar con las fotografías que había traído de mi casa en Estados Unidos. Fue agradable ver que, excepto por la necesidad de mantenimiento, falta de pintura y la ausencia de jardinería, las edificaciones todavía lucían similares a las imágenes en mis antiguas fotos.

Me quedé mirando una fotografía, especialmente conmovedora, de mi hermano y yo vestidos con nuestros trajes de vaquero y Superman en este patio durante un festival escolar en 1957. Mi hermano murió hace varios años. En ese momento lo sentí a mi lado otra vez.

«Ha cambiado tanto en mi vida», pensé. «Tan poco ha cambiado en esta escuela».



(Circa 1956) Con mi hermano mayor en el patio de nuestra escuela.

Por mi hermano

Dejamos el patio ceremonial de la escuela y nos dirigimos al centro de bachillerato, una estructura ganadora de importantes elogios arquitectónicos por su bello diseño modernista. Mi hermano asistió a clases en esa edificación. Una vez allí, exploramos metódicamente las aulas de los pisos superiores siguiendo las huellas invisibles de mi hermano y cuidándonos de no ser descubiertos por la administradora en un edificio ya cerrado por el día.

Mi hermano nunca pudo despedirse de las aulas de su escuela superior. Aquella tarde, George y yo lo hicimos por él.

Extrañé a mi hermano.

Los juegos nunca jugados

No es por alardear, pero yo era un pelotero de béisbol bastante bueno. El tener solo ocho años, sin embargo, significaba que yo era demasiado joven para participar en los juegos de la liga escolar con el equipo de mi

escuela, aunque el *manager* me permitía practicar con los jugadores mayores de edad en el campo de béisbol. Soñaba con el día en el que pudiera vestir mi uniforme blanco con el emblema «Edison» bordado en cursiva de color marrón sobre el pecho, unas ilusiones que terminaron el día que emigré a Estados Unidos.

George y yo salimos del centro de bachillerato, caminamos hacia el campo de béisbol de la escuela y nos sentamos en las gradas de concreto paralelas a la línea de *foul* de tercera base. Pensé en las muchas veces que practiqué en el campo de arcilla, ahora frente a mí una vez más, moviéndome con cada sonido del bate para fildear las pelotas que venían en mi dirección antes de practicar bateando. Descubrí que, aunque no llegué a vestir el uniforme de béisbol del Instituto Edison, nunca lo lamenté. Mis recuerdos practicando en ese campo de sueños resultaron siempre ser suficientes.

Semanas antes de viajar a Cuba descubrí que uno de mis amigos de la universidad también había estudiado en el Instituto Edison durante los mismos años que yo asistí. Un poco mayor de edad que yo, él ya jugaba con el equipo de béisbol de la escuela. Si me hubiera quedado en Cuba hasta cumplir el requisito de edad mínima, hubiéramos sido, sin duda alguna, compañeros en el equipo de béisbol de nuestra escuela, un destino negado con nuestra salida de la isla.

Sin embargo, nos hicimos amigos y compañeros de un equipo inolvidable de sóftbol en la Universidad de Florida que ganó más de cien juegos consecutivos y permaneció invicto por más de tres años. Un equipo que, incluso, desafió y venció al poderoso equipo de béisbol de la universidad.

El regalo de mi inocencia infantil

Hoy, los recuerdos de mi niñez en el Instituto Edison abarcaron no solo lo ocurrido en lugares específicos de mi escuela, sino también cómo los percibía con mi inocencia infantil. Toda la tarde, el contexto de mis recuerdos osciló entre la disciplina de mis años escolares, la comprensión limitada de mi niñez, el deseo de agradar a las personas de autoridad y las expectativas de mi familia. Fue maravilloso recordar y sentir una vez más

los sentimientos, las ilusiones, los sueños y las esperanzas de mis años de infancia estudiantil.

Fue un gran regalo.

No necesité una partida silenciosa hoy

Esta vez, no quería irme en silencio del Instituto Edison. Al salir, George y yo nos detuvimos en la oficina administrativa de la escuela y nos reunimos de nuevo con la espigada afrocubana.

—Gracias por permitirnos visitar la escuela —le dije—. Gracias a usted, hoy recobré recuerdos que, por demasiado tiempo, temí haber olvidado y recibí el cierre emocional que tanto necesitaba. Fue una visita extraordinariamente bella y gratificante.

—Me alegra haber podido ayudarte, hermano —me respondió.

—Administradora —le informé —la última vez que estuve aquí fue mejor salir sin decirle nada a nadie. Hoy quiero despedirme de mi escuela con un adiós retrasado por cincuenta y seis años.

—Nunca es demasiado tarde, compañero. Usted siempre será bienvenido aquí —dijo con una gran sonrisa.

Le di un abrazo y me despedí. Ella me devolvió el abrazo y sonrió nuevamente.

George y yo nos reunimos con José y Maidel en la calle frente a la escuela, subimos al sedán chino negro con las ventanas oscurecidas y dejamos el Instituto Edison para dirigirnos a la antigua dirección del negocio de mi padre, en la avenida Calzada 10 de Octubre, un distrito de La Habana históricamente prestigioso para restaurantes, hoteles, teatros y negocios.

Una seguridad futura ya no garantizada

Antes de viajar a Cuba encontré un telegrama dirigido a mi padre, fechado en septiembre de 1960 y enviado a Miami mientras él buscaba empleo allí, poco antes de salir de Cuba hacia Estados Unidos con mi madre, mi hermano y conmigo. El telegrama confirmaba la venta de su negocio, identificado por su dirección en La Habana.

Armado con esta información, Maidel encontró la antigua oficina de mi padre y entró conmigo.

Mi padre había esperado muchos años para empezar su negocio especializado en servicios de contabilidad y ventas de equipos electrodomésticos de las marcas Frigidaire y Sylvania, fabricados en Estados Unidos. Se sentía muy esperanzado con respecto a su futuro financiero y, como resultado, soñaba con una mejor vida para nuestra familia. Los vientos de cambios políticos, sin embargo, barrieron Cuba en 1959, creando condiciones incompatibles con nuestra permanencia en la isla y destruyendo los sueños de un buen hombre.

Esta tarde, dentro del antiguo negocio de mi padre, imaginé el día en el que dos rebeldes cubanos irrumpieron inesperadamente la paz de su oficina, exigiendo los libros de contabilidad que contenían la ubicación de las propiedades y las inversiones de sus clientes estadounidenses en Cuba, para ser nacionalizados. Pensé en como la valiente negativa de mi padre a cooperar con los rebeldes aquel día, lo que llevó a su detención y subsecuente interrogatorio hasta que, con su vida en auténtico e inminente peligro, accedió ante los gritos, las exigencias y las amenazas de los guerrilleros.

Ya en ese momento, sin embargo, mi padre había sido informado de que su futura seguridad en Cuba ya no estaba garantizada y advertido de que se fuera del país, marcando el comienzo del fin de nuestras vidas en la isla.

Me entristeció pensar cómo a mi padre le fueron negados sus sueños y el prometedor futuro que una vez tuvo como resultado de eventos geopolíticos en los cuales no tenía ni interés ni control.

Cuánto quisiera que las cosas hubieran resultado diferentes para él.

Después del atardecer

Cuando el sol comenzó a ponerse en lo que había sido un primer, largo y emocionante día en Cuba, mis amigos y yo nos encaminamos al hotel deseando ducharnos, vestirnos, salir a comer y hacer acto de presencia en un club local.

Había sido un día de grandes descubrimientos, sorpresas inesperadas, gratificantes momentos, recuerdos preciosos y emociones imprevistas.

Comencé recorriendo los pasos de mi olvidada niñez para luego contemplar la evidencia tangible de mi vida en Cuba y encontrar los recuerdos, la paz interior y los cierres emocionales que vine buscando.

Aquella noche, disfrutar de una buena cena cubana y celebrar el inicio de lo que prometía ser un viaje inolvidable con mis amigos era exactamente lo que necesitaba.

Definitivamente, había llegado la hora de relajarme un poco.

Recorriendo La Habana todo el día, sin almorzar, nos había dejado a mis amigos y a mí cansados y hambrientos. Después de un rejuvenecedor banquete cubano en el lujoso Club Parisien, decidimos quedarnos a celebrar la noche durante la fiesta posterior a la cena. Consumimos una buena cantidad de ron y nos movimos al ritmo de la música cubana de los años cincuenta mientras brindábamos por nuestra amistad y buena fortuna.

George, José, y yo, nos pasamos el resto de la noche celebrando y gozando con la música de mi niñez en Cuba, incluyendo los éxitos famosos de Benny Moré, la Orquesta Aragón, Ernesto Lecuona y otros. Fue una manera apropiada de cerrar un precioso y emocionante primer día en el país que me vio nacer.

Finalmente, alrededor de las dos de la madrugada, las luces generales del club se encendieron, indicándoles a todos que ya era hora de irse a dormir.

«La vida es sueño y los sueños, sueños son».

—Pedro Calderón de la Barca

Poco después, ya de regreso en mi habitación del hotel, y a solas con mis pensamientos, llamé a mi esposa Pam y, con gran emoción, le hice el recuento de mi primer día de regreso a La Habana.

—Mi amor —concluí —, incluso si nada más en este viaje resultara tan bien como hoy, me iría de Cuba satisfecho.

Ella simplemente respondió con un adormecido «te quiero».

Después de un primer día tan lleno de sorpresas y emociones, eso era todo lo que yo necesitaba oír.



Mario luciendo las medallas de la Legión de Honor y del Logro Escolar del Instituto Edison durante la gala de premios de su escuela.



«Algunos libros entretienen, otros informan y unos pocos nos desafían a pensar de manera diferente. *La bóveda: en busca de mi niñez cubana* pertenece a esta última categoría. No exige que los lectores amen su pasado, pero sí les pide que lo enfrenten».

«Indudablemente, es un libro que se queda contigo mucho después de haber terminado la última página».

—Chrysalis BREW Project Review

«Una bóveda, entre otras cosas, es un almacén para objetos preciosos. También, es el lugar de descanso final para los muertos. Para Mario Cartaya, autor de la inspiradora memoria *La bóveda: en busca de mi niñez cubana*, este misterioso lugar es ambas cosas. El resultado es altamente terapéutico. ... Hay libros de memorias y, luego, están los que se destacan. *La bóveda: en busca de mi niñez cubana*, definitivamente eleva el estándar. La escritura es culta, pero conversacional, siempre guiada por la aguda e incisiva inteligencia del autor... La revelación del pasado se logra en beneficio tanto del autor como de sus lectores».

«Este es un libro ambicioso y muy efectivo...»

—Pacific Book Review

«Temas como la familia, la perseverancia y la cultura caracterizan las memorias de Cartaya en esta obra debut... Cartaya lleva al lector en un viaje de “recuerdos, identidad, humanidad y sentimientos” en busca de su infancia... Muchos lectores se identificarán con su impulso de encontrarse a sí mismo y, quizás, se sientan inspirados a revisitar sus propias infancias al leer: “Si tu camino hacia la individualidad... es usurpado por un evento tan poderoso que cambia la trayectoria de tu vida, llevándote a una nueva realidad en la que las verdades sobre las que antes construiste tu vida ya no aplican, entonces, ¿qué sucede contigo?”».

«Un viaje autobiográfico reconfortante y conmovedor».

—Kirkus Reviews

«Profundamente nostálgica y reflexiva, la escritura de Cartaya es honesta y cautivadora. Escribe con claridad y sensibilidad, y enfrenta valientemente el dolor causado por fuerzas históricas fuera de su control. Su búsqueda de cierre es admirable y siempre matizada con alegría al celebrar lo mejor de La Habana junto a sus amigos».

«RECOMENDADO por The US Review»

—The US Review of Books



BIOGRAPHY & AUTOBIOGRAPHY / Memoirs

ISBN 978-1-63698-907-5



9 781636 989075